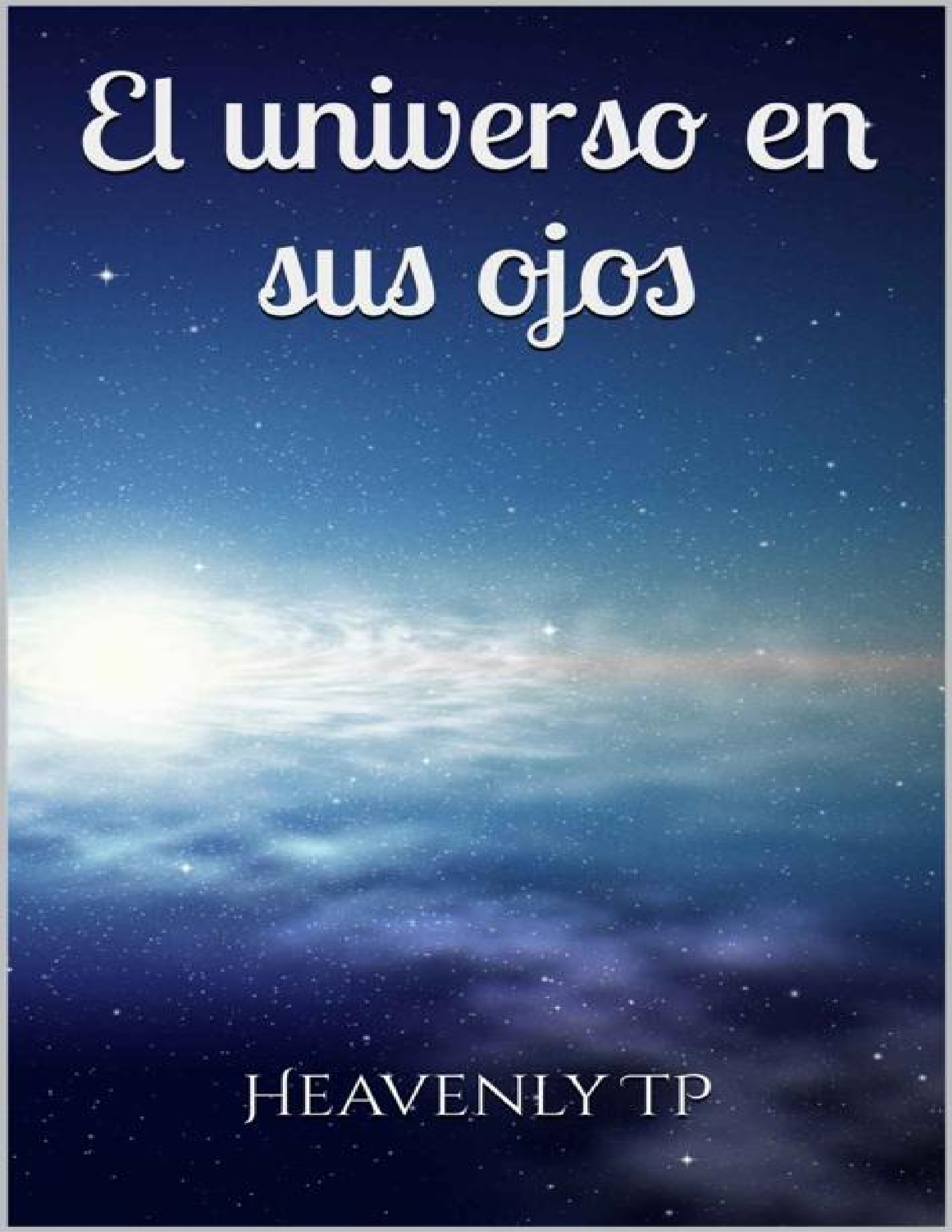




El universo en sus ojos

HEAVENLY TP

El universo en sus ojos

Heavenly TP

Título: El universo en sus ojos
Derechos de autor © 2024 Heavenly TP

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la repografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos

NOTA DE LA AUTORA

El contenido de esta obra es ficción.
Cualquier semejanza con la realidad es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

Capítulo 1

Me dirigía a la cafetería de Mario, un rincón muy acogedor que se hallaba enfrente del paseo marítimo. Las paredes del establecimiento eran de cristal y podías contemplar el mar a la vez que degustabas un chocolate caliente.

Estábamos a mediados de enero. Hacía pocas semanas que la Navidad había finalizado, pero las calles de la localidad aún permanecían adornadas con luces. También algunos balcones y comercios. El tiempo en *Castillo del Rey* transcurría de manera diferente en comparación con otros municipios. La gente se tomaba la vida con bastante calma, todo lo contrario a lo que hacía yo, y no se estresaba nadie por nada.

Cuando me encontraba cerca del paseo marítimo, el olor a sal inundó mis orificios nasales. Era un pueblo de pescadores y prácticamente cada rincón del mismo poseía ese característico aroma a mar.

Había quedado con Alicia para desayunar. Se trataba de una chica que conocí en la inauguración de una exposición de pintura paisajista. Me la presentó el director del museo, que era un buen amigo mío, y estuvimos conversando durante toda la tarde.

Era una mujer muy cultivada, de refinados modales, y podía hablar de multitud de temas con ella. Por la manera en la que me miraba, enseguida me di cuenta de que existía una especie de atracción entre las dos. Nuestros ojos chocaban de una forma particular. Cuando se encontraban, no éramos capaces de sostenernos la mirada durante mucho tiempo. Al momento, la desviábamos. Era palpable que aquel contacto nos producía una emoción muy intensa.

Físicamente, éramos muy parecidas. Ambas teníamos el cabello largo, y de la misma tonalidad: un castaño oscuro que iba a juego con nuestros ojos. Alicia era aún más delgada que yo. Por su delicado cuerpo se asomaban los huesos. Tenía las rodillas y los codos pronunciados. Su figura radiaba fragilidad, pero, al igual que yo, iba intocable y aquello le daba «vida» a su aspecto.

Nos gustaba maquillarnos, embadurnarnos con cremas hidratantes y fragancias caras. Amábamos la ropa de calidad, y nos vestíamos según las últimas tendencias. Mi muñeca permanecía adornada por un llamativo reloj de marca. Por sus pequeñas orejas caían en cascada unos largos pendientes de oro blanco, los cuales danzaban cada vez que se movía. También nos encantaban las joyas, pero con discreción. No queríamos aparentar ostentuosidad. Ambas éramos conscientes de que menos es más.

Con el tiempo me di cuenta de la innegable realidad. La conocía únicamente desde hacía dos meses, y es que, cuando me encontraba con ella, era como tener una cita con un espejo. Alicia reflejaba lo bueno y lo malo que había en mí. Era sumamente perfeccionista, meticulosa y puntual. Más que yo. Era como un doble mío, pero con mis características acentuadas.

Lo único que nos diferenciaba era nuestro oficio. Ella se dedicaba al mundo de la contabilidad y las finanzas. Yo estudié la carrera de bellas artes y luego me especialicé en alfarería y en cerámica. Me apasionaba el mundo de la artesanía. Mi pequeño apartamento permanecía abarrotado de piezas de cerámica que yo había creado. Mi sueño era abrir un negocio en el que exponerlas y venderlas. Tenía fichado un pequeño local que se alquilaba. Estaba situado en el centro del pueblo y, en muchas ocasiones, merodeaba por allí y contemplaba su interior desde fuera. Imaginaba mis trabajos expuestos y a la venta, y una especie de remolino cobraba vida en la boca de mi estómago.

El transcurso de los años aplastó mis aspiraciones. Nunca lo intenté de verdad. Me dejé arrastrar por las opiniones ajenas y por las malas experiencias que otros habían tenido. Acepté que vivir de mi arte resultaba imposible y me encaminé por el sendero «realista».

Realicé un máster universitario en formación del profesorado y, posteriormente, me preparé una oposición.

En aquel momento, me dedicaba a la docencia. Impartía varias asignaturas de la rama de bellas artes en un instituto. Concretamente a estudiantes de bachillerato y formación profesional.

Me gustaba mi trabajo, pero no me sentía realizada. Como a muchos nos ocurre, admití que la vida era así. Pocos podían permitirse el lujo de vivir de sus sueños. Había que trabajar para sobrevivir. Ganarse el pan para tener un plato de comida caliente cada día.

«Menudo azote de realidad es la vida adulta, ¿eh?», solíamos decir mis antiguos compañeros de facultad y yo cuando no reuníamos. «Acabamos de cumplir los treinta años y ya nos sentimos empachados con tanta responsabilidad». Aquella frase la dije yo en nuestra última reunión y la siguieron carcajadas varias y suspiros melancólicos.

Cuando me adentré en la cafetería de Mario, Alicia ya estaba allí. Yo llegué a la cita cinco minutos antes de la hora acordada, pero lo más probable es que ella llevase diez minutos allí sentada.

Me dedicó una sonrisa blanquecina y perfecta, un gesto estudiado como todo aquel que ejecutaba.

—¡Buenos días, Lola! —exclamó el dueño del local desde detrás de la barra.

—Buenos días, Mario.

Alicia se incorporó para darme dos besos y tomé asiento junto a ella. Eché una ojeada rápida y me percaté de que no había mucha gente dentro de la cafetería. Dos mujeres de mediana edad, rechonchas y con el pelo repleto de canas, degustaban una tostada al mismo tiempo que contemplaban la televisión. En aquel instante, el aparato electrónico emitía las noticias de primera hora. Yo desvié la vista rápidamente porque oír tantas catástrofes nada más despertarme me bajaba los ánimos. A nuestro lado, había un anciano que leía, muy concentrado, el periódico a la vez que sostenía su taza de café.

Apenas intercambiamos unas pocas palabras cuando Mario hizo acto de presencia. Se acercó con esa alegría natural que inundaba todo el establecimiento. Era un chico muy joven, no superaba los veinticinco años, y menudo en todos los sentidos. Tenía el cabello pelirrojo y la piel cubierta de pecas. Poseía una chispa especial. Se trataba de esa clase de personas que llenan una estancia con su sola presencia.

Hicimos amistad porque yo acudía a menudo a la cafetería. Me contó que su familia provenía de un pequeño municipio rural, pero que él nació y creció en la costa.

—¿Qué desean las señoritas? —preguntó con su característica jovialidad.

Yo tenía facilidad para reírme, pero es que Mario me sacaba sonrisas todo el tiempo. Lo contemplaba a los ojos y, automáticamente, se dibujaba una sonrisa en mi rostro.

Le pedimos dos medias tostadas con tomate rayado y queso fresco, y dos zumos de maracuyá que él mismo elaboraba.

Al cabo de un breve periodo de tiempo, el chico sirvió el ansiado desayuno. Me percaté de que Alicia se mostraba un poco tensa con él. Fría y distante. Era una conducta que percibí desde la primera vez que quedamos. Como que no se dejaba llevar y no le gustaba dar confianza de primeras. Aquello era comprensible, pero me daba la impresión de que poseía prejuicios hacia algunas personas. Y los prejuicios le impedían comportarse con naturalidad. No quise hacer

demasiado caso de ese comportamiento y pensé, excusándola, que sería consecuencia de su timidez.

—¿Quieres que nos pidamos un *croissant* de chocolate para compartir? —le sugerí mientras mis ojos devoraban la bollería que había expuesta.

Desde que Mario había sacado la bandeja de los *croissants* del horno, mi mirada se desviaba hacia ella cada pocos segundos. Esas delicias inundaron el establecimiento con su aroma a hojaldre, con notas de mantequilla tostada y cacao. Era realmente difícil resistirse a ellas.

—Sabes que me gusta llevar una dieta baja en azúcares —dijo mientras daba un pequeño mordisco a la tostada.

Alicia comía con suma delicadeza. Parecía un pajarillo. Como si su mente estuviese calculando las calorías de cada bocado. Llevaba cuidado porque esperaba la alarma interna, la cual le informaba de que había superado el límite estipulado para esa toma.

—Bueno, pues me lo comeré entero —añadí, fingiendo pena, a la vez que levantaba la mano para pedirle a Mario uno de aquellos manjares.

Me lo sirvió calentito y en el primer bocado el chocolate líquido se desbordaba.

—Qué bueno —susurré mientras degustaba ese sabor intenso a cacao.

—Te estás metiendo un chute impresionante de azúcar —comentó mi acompañante y en su rostro leí la palabra «indignación».

—Es asunto mío —respondí, dedicándole una sarcástica sonrisa bañada en chocolate.

Ella negó con la cabeza, como si yo acabase de hacer una tontería, y adquirió una pose seria. Le encantaba comportarse de un modo «adulto» y reprimía constantemente al niño que todos llevamos dentro.

—No sé porque te gusta tanto este sitio —dijo de manera inesperada—, conozco uno más refinado en el centro.

—Seguro que el trato no es tan cercano —comenté—, ni dispone de estas vistas.

Alicia se encogió de hombros.

—Pero estaría encantada de que me llevaras allí un día —apunté para deshacer la palpable tensión.

Nuestra charla se desvió hacia otros asuntos. Le apasionaba el cine al igual que a mí y me habló de la nueva película de un jovencísimo director griego que estaba arrasando.

—Podemos ir a verla el fin de semana si te apetece —me sugirió cuando nos hallábamos en la puerta de la cafetería, justo antes de despedirnos.

—Me parece buena idea.

Ella sonrió, complacida, y aproximó sus labios a los míos. Me dedicó un beso casto y fugaz. Yo me quedé petrificada porque era el primero que nos dábamos.

Se marchó con paso apresurado hacia la asesoría en la que trabajaba. Sus tacones provocaban ruidos secos al chocar contra el pavimento. Siempre se movía de aquella manera. Como si quisiera ganarle la carrera al tiempo.

Yo me dirigí al coche que estaba aparcado cerca de allí. El instituto donde trabajaba quedaba en la ciudad y tenía que usar mi vehículo todos los días.

Me senté en el asiento del conductor y me percaté de que me había dejado en casa la carpeta con los últimos exámenes que habían hecho mis alumnos. Maldije para mis adentros. Les prometí que les daría la nota y que lo comentaríamos en clase. No tenía más remedio que regresar velozmente a mi casa para recogerlos.

Era extraño que a mí me sucediesen ese tipo de cosas. Lo preparaba todo con antelación y lo revisaba varias veces para que no surgiesen imprevistos. Me gustaba tenerlo todo bajo control y ese tipo de contratiempos me desubicaban y me ponían nerviosa.

Aparqué el coche frente al edificio en el que vivía y me adentré apresuradamente. Me di cuenta de que la puerta automática del ascensor se cerraba. La persona que había dentro debió de percatarse de mis prisas porque frenó a tiempo para que yo pudiese introducirme.

—¡Gracias! —exclamé con la respiración acelerada.

La desconocida que estaba a mi lado me sonrió amablemente y yo me di de bruces con unos ojos de un azul celeste que nunca antes había visto.

Capítulo 2

—¿A qué piso vas? —me preguntó la desconocida.

Cuando me adentré, la fragancia de la chica me abrazó. Era fresca y suave. Nunca antes había olido un perfume tan atrayente. A pesar de la ligereza que emitía, logró impregnar todo el ascensor. Le resultaba agradable a mi sentido del olfato.

—Al segundo —respondí con toda la naturalidad que fui capaz de aparentar.

—Yo voy al tercero —dijo mientras pulsaba el botón que tenía dibujado el número dos.

Supuse que aquella chica era mi nueva vecina. Las dos viviendas que había en el tercer piso llevaban vacías más de un año, y hacía pocos meses que el cartel de «se alquila» decoraba uno de los dos balcones. Únicamente, durante los periodos vacacionales venían los dueños.

De refilón, espíe la vestimenta de la nueva inquilina. La chica iba ataviada con ropa de cuero negro. Tanto el pantalón como la chaqueta le quedaban bastante ajustados. Una bufanda color azul cielo cubría su garganta. Tenía la piel blanca y lisa como la porcelana.

Sentí una especie de escalofrío. En *Castillo del Rey* gozábamos de un clima cálido casi todo el año. Los días de frío, tormenta y viento resultaban escasos. Aun así, yo era bastante friolera. Contemplaba a aquella chica que llevaba prendas ligeras, en pleno invierno, y me dio frío.

Desvié mi semblante disimuladamente y me percaté de que unas mechas celestes le daban vida a su ondulada melena negra e iban a juego con los dos luceros que adornaban su rostro.

Las dos guardamos silencio mientras el ascensor ascendía. Se detuvo en el segundo piso y, antes de abandonar la estrecha estancia, me volví un instante para despedirme.

—Hasta luego —dije.

—Hasta luego.

Me adentré en mi vivienda y recogí la carpeta con los exámenes a una velocidad envidiable. Mi perro meneaba el rabo alegremente, como si hiciese mucho tiempo que no me veía, y me incliné un segundo para acariciarlo. Se colocó panza para arriba, pero le susurré con cariño que no podía entretenerme. Él me contemplaba con desconcierto.

Iba tan acelerada que tuve suerte de no tropezarme y de que no se me cayese nada por el camino.

Me dirigí al instituto y la jornada transcurrió de manera apacible, sin ningún sobresalto.

Mario me llamó por teléfono, justo en el instante en el que terminaba mi horario laboral y abandonaba el edificio estudiantil. Quería quedar para tomar algo, pero ya me había comprometido con una compañera del trabajo.

—No pasa nada —dijo Mario desde el otro lado de la línea—, ya quedaremos otro día.

Nos habíamos caído muy bien y poco a poco se iba consolidando nuestra relación de amistad. Me reía con él porque era muy espontáneo y conseguía que yo también sacase ese lado. Una faceta que permaneció oculta dentro de mí demasiado tiempo. Siempre me aterrorizó hacer el ridículo o mostrarme como una persona excesivamente abierta. Era necesario ser prudente con la gente, pero yo, en ocasiones, me excedía. Trataba de mejorarlo.

Aquel día celebramos el cumpleaños de mi compañera Elena. Cumplía treinta y tres años, la famosa edad de Cristo, y nos invitó a comer a una *pizzería* que se encontraba en el centro de la ciudad.

Pedimos berenjena a la *parmigiana* como entrante para compartir y una *pizza* para cada comensal. Yo escogí la de verduras a la brasa con salsa pesto. Acompañamos la comida con un vino traído directamente de la toscana, y la finalizamos con un tiramisú casero que se deshacía en la boca. Aquella comida resultó una auténtica delicia para los sentidos.

Éramos cuatro en total. La cumpleaños, una amiga íntima de la misma, otro compañero de trabajo y yo. La pequeña celebración transcurrió entre risas y conversaciones estimulantes. Nos encontrábamos tan a gusto todos juntos que decidimos ir al cine después de comer. La cuestión era alargar el momento.

Posteriormente, después de visualizar una comedia romántica con la que nos reímos mucho, cenamos en un restaurante indio y pedimos muchas botellas de agua fría porque la cena estaba muy picante. Concluimos la velada en una tetería donde elaboraban los mejores dulces árabes de la ciudad. Fue un día estupendo e indudablemente internacional.

Cuando conducía hacia mi casa, comprobé en el reloj que había en el coche que era la una de la madrugada. No me importó porque era viernes y al día siguiente no tenía que levantarme temprano. Aunque yo me levantaba siempre temprano porque poseía incrustado en mi cabeza una especie de despertador. Me resultaba complicado dejarme llevar por el sueño durante horas y horas. Envidiaba a la gente capaz de hacerlo.

Salí de mi vehículo y contemplé el cielo un instante. Apenas había contaminación lumínica y el firmamento se encontraba despejado de nubes. Las estrellas parpadeaban con intensidad y la luna se mostraba llena, reluciente. Alumbraba con su luz pálida los tejados de algunas viviendas.

Me adentré en el edificio y fui directa a coger el ascensor. Justo en el momento en el que iba a introducirme, una voz me paralizó.

—¡Espera! —exclamó mi nueva vecina que acababa de entrar por la puerta principal—, yo también voy a subir.

Le dediqué una sonrisa amable y cercana mientras contemplaba cómo se aproximaba. Llevaba la misma vestimenta que aquella mañana, y portaba una mochila, también de cuero negro, que colgaba de su espalda. Me fijé en que sostenía un amplio cuaderno entre sus brazos.

Esperé tranquilamente hasta que se adentró en ese mini habitáculo.

—Gracias —dijo mientras se posicionaba a mi lado.

—De nada.

Capítulo 3

Mi nueva vecina apretó el botón número dos en el ascensor sin que yo le dijese nada. Nuevamente, se produjo un cauteloso silencio. Escuchábamos el sonido que el aparato eléctrico producía al trasladarnos de un piso a otro. El espacio era estrecho y permanecíamos muy próximas la una de la otra.

Advertí de nuevo su delicado aroma, aunque con menos intensidad.

—Menudo frío ha hecho hoy —dije para rasgar la incomodidad que nos envolvía.

Una conversación sobre el tiempo siempre es eficaz para romper un poco el hielo.

—Sí —afirmó—, aunque para mí esto no es nada. Estoy acostumbrada a un clima más frío.

Me dedicó una mirada rápida mientras me respondía y ambas sonreímos cortésmente.

La puerta del ascensor se abrió y, cuando me disponía a abandonar la estancia, la chica se presentó.

—Por cierto, me llamo Paula —dijo mientras me tendía una sonrisa cálida y natural—, me he mudado hace poco al piso de arriba.

—Encantada, Paula —dije a la vez que le devolvía el gesto—, yo soy Lola. Mi puerta es la número dos, por si necesitas cualquier cosa.

—Te lo agradezco. La mía también es la dos.

«Está justo encima de mí», pensé al instante.

Durante unos días escuché ajeteo en el piso de arriba. Asemejaba el sonido que producen las cajas de cartón y los muebles cuando se arrastran. Una mudanza resultaba muy estresante. Lo sabía por experiencia propia.

La puerta del ascensor empezó a cerrarse automáticamente y le di al botón para impedirlo.

—Hasta luego —me despedí mientras abandonaba el ascensor.

—Nos vamos viendo.

Cuando me adentré en mi apartamento, *tornado*, mi perro, me esperaba detrás de la puerta. Su diminuto rabo se agitaba velozmente de un lado a otro. Antes de abrirla, escuché como husmeaba a través de la rendija.

Me coloqué un abrigo que calentase más y le di un paseo antes de acostarme. No había nadie por la calle y comprobé que cada vez que abría la boca expulsaba un vaho blanco.

El castillo que le daba nombre al pueblo se hallaba en el centro del mismo y desde cualquier rincón se vislumbraba su imponente fachada. La construcción se remontaba a la época del Renacimiento, concretamente al siglo XVI, con el objetivo de proteger a los marineros y a sus familias de los ataques de piratas y corsarios. La obra arquitectónica poseía una peculiar historia de fantasmas que atraía a curiosos y aficionados del mundo de lo paranormal.

Castillo del Rey era una localidad pequeña, la mayoría de viviendas eran plantas bajas y los edificios construidos no resultaban demasiado altos.

Cuando regresé, todas las luces de mi edificio estaban apagadas menos una. Una ventana de la tercera planta permanecía iluminada. Era la vivienda en la que residía Paula. Con cierta dificultad, atisé su silueta, que permanecía de perfil, frente a lo que me pareció un caballete. La chica colocó un lienzo, de un tamaño considerable, sobre él y lo contemplaba con suma concentración. Giraba la cabeza a un lado y al otro, como si estuviese examinándolo, buscándole los fallos que en el futuro debería mejorar.

Me quedé hechizada. Una fuerza, que no estaba bajo mi control, me retuvo en medio de la fría calle hasta que el semblante de Paula se volvió y dirigió la mirada hacia donde yo me encontraba. Reaccioné con rapidez, disimulé mientras le decía a *tornado* que nos íbamos a casa y me adentré de nuevo en el edificio.

Aquella noche tuve un sueño confuso. Únicamente, recordaba con claridad los ojos azules de Paula que me contemplaban curiosos desde la ventana de la tercera planta.

Los rayos de sol que se filtraban por la ventana me despertaron. Me acariciaban el rostro cálidamente al mismo tiempo que me empujaron a abrir los ojos. Coloqué una mano extendida sobre la frente porque la luminosidad me molestaba. Me di la vuelta y cogí el teléfono móvil que reposaba en la mesita de noche.

—¡Las diez! —exclamé—. Bueno, hoy es sábado, Lola. Tómate la vida con calma.

Me percaté de que tenía mensajes de Alicia pendientes de leer. Quería saber si me apetecía quedar el martes siguiente para no sé cuál rollo benéfico. Lo cierto es que leí el mensaje atropelladamente, con la mente todavía dormida.

Caminé unos cuantos kilómetros con *tornado*, me di una ducha rápida y me dirigí a la cafetería de Mario para comer algo.

—¡Amiga! —exclamó el chico cuando me vio entrar.

Portaba una bandeja repleta de tazas de café y platos con tostadas y bollería artesana.

Su padre, Pepe, se encontraba detrás de la barra y me dedicó una sonrisa de bienvenida. Mario era su misma estampa. Lo único que los diferenciaba era la falta de cabello y las arrugas propias de la edad.

—Tengo asumido que algún día me quedaré calvo como mi padre —me confesó una vez a modo de broma.

Tomé asiento y esperé a que viniese a tomarme nota.

—¿Hoy no te acompaña «la estirada»? —me preguntó el chico con su semblante de pillo y no pude evitar esbozar una amplia sonrisa.

Hacía tiempo que conocía a Mario y nunca hablaba mal de nadie con malicia, pero siempre les ponía un mote a aquellas personas que no le caían en gracia. Confieso que algunas de sus ocurrencias resultaban muy originales y divertidas.

«Colorín colorado» llamaba a uno de los concejales del pueblo porque tenía los mofletes teñidos de rojo. El susodicho le debía unos cuantos cafés. Aquello, sumado a su actitud prepotente, provocó que Mario empezase a cogerle tirria. Y se me ocurren varios ejemplos más que me ahorraré.

—Es tímida. No se lo lleves en cuenta —dije, disculpando a Alicia.

—«Demasiado» pija para ti —añadió a la vez que realizaba un gracioso gesto con la mano. El chico hizo hincapié, y levantó el tono de voz, cuando articuló la palabra «demasiado».

Cogió el aparato donde apuntaba lo que los clientes pedían y me tomó nota.

Me pedí una tostada completa, que era la especialidad de la casa. Llevaba tomate rayado, aguacate, un huevo a la plancha y lascas de queso parmesano. Una delicia que me tendría nutrida durante horas.

Cuando finalicé mi succulento almuerzo, me dirigí a la plaza que se encontraba en el centro del

pueblo. Los sábados colocaban puestos en los que vendían fruta y verdura fresca, frutos secos, panes artesanos y multitud de cosas más. Todo era natural, allí no tenían cabida los productos industriales.

Los gritos de los tenderos captaban clientes. Anunciaban con desparpajo, y pillería, sus mejores ofertas.

Me recorría las estrechas calles abarrotadas de gente y realizaba una compra que me duraba toda la semana. Me encantaba cocinar y prefería hacerlo todo con ingredientes saludables.

Cuando regresé a casa, mi mirada se dirigió de forma automática hacia la ventana de la tercera planta. Para mi sorpresa, la persiana se hallaba bajada por completo.

Capítulo 4

Había quedado con Alicia en un famoso restaurante de cocina *gourmet*. El chef que lo dirigía empleaba técnicas de cocción muy elaboradas. Los ingredientes se escogían de manera cuidadosa y ofrecía una indiscutible calidad. En el refinado local, se celebraba una cena benéfica y lo recaudado se destinaría íntegro a una asociación que ayudaba a personas que no tenían hogar.

Antes de la cita, acudí nuevamente a la cafetería de Mario. Aquella mañana, durante el desayuno, me insistió en que necesitaba hablar conmigo. Por lo tanto, cuando salí del instituto me dirigí directamente hacia allí. Se me hizo tarde porque nos reunimos todo el equipo docente. Ya había anochecido, pero es que en invierno oscurecía demasiado pronto.

Quedamos en la entrada del establecimiento y nos encaminamos a uno de los alargados espigones que decoraban la playa. Lo encontré serio y un poco tenso. Algo a lo que no me tenía acostumbrada.

—Tú dirás —dije a la vez que me frotaba los brazos, debido al frío que hacía en el lugar—, me tienes intrigada.

A ambos lados de aquel camino rocoso, estaba el mar y en la oscuridad se percibía negro como el alquitrán. Las ondas que se formaban en su superficie emitían destellos plateados gracias a la luz de nuestro satélite.

—He conocido a una chica —me confesó, mirándome de soslayo.

Era la primera vez que su postura reflejaba vergüenza y timidez. Mario tenía su propia pandilla de amigos. Todos eran chicos de su misma edad. Imaginé que se sentía más cómodo conmigo para hablar sobre temas sentimentales. Era consciente de que yo no lo juzgaría ni me burlaría.

—Me parece maravilloso —apunté con entusiasmo sincero—, ¿cuál es el problema, entonces?

—Pues que no es católica —añadió directamente, como si tuviese la imperiosa necesidad de contármelo todo cuanto antes.

Las preocupaciones le ahogaban y quería expulsarlas de su mente para que dejaran de atormentarlo.

—¿Y eso tiene importancia? —pregunté confundida, sin saber exactamente a donde quería ir a parar.

Él se detuvo en seco y asintió en silencio. Yo me quedé extrañada. Normalmente, las cuestiones religiosas en el siglo XXI no tenían importancia. Creía que la gente coherente buscaba comodidad y sentirse bien cuando se reunía con otras personas. El hecho de tener en cuenta la religión me parecía algo de épocas anteriores.

—No se parece en nada a ninguna de las mujeres con las que me he relacionado antes.

—¿Y tú miedo es...? —pregunté, aunque fui capaz de adivinar sus pensamientos.

—Qué mi familia no la acepte.

En esos instantes, me miró a los ojos. Sus pupilas temblaban levemente y reflejaban la tormenta que se había formado en el interior de Mario.

Sabía que había sido educado en un colegio religioso porque él me lo contó con anterioridad. Pero ignoraba hasta qué punto la religión condicionaba su vida.

—No adelantes acontecimientos, Mario —le aconsejé con prudencia.

—María es muy avanzada —dijo, e intuí que aquel era el nombre de la misteriosa chica—, a mis padres les chocará su manera de comportarse.

Guardé silencio porque quería que él me expresara sus inquietudes interiores.

—Y yo quiero que sea ella misma —apuntó con la voz rota—. Me encanta verla feliz y libre.

No supe qué decirle. Me dediqué a escucharlo y cuando acabó lo abracé con delicadeza. Vi que se secaba con rapidez una lágrima que se había fugado.

Nos hallábamos en silencio y el salvaje murmullo del mar lo percibimos con intensidad.

Pensé que los padres de Mario podían ser religiosos, pero habían crecido en un mundo que cambiaba drásticamente y de forma continua. No me cabía en la cabeza que existiesen personas que le diesen la espalda al progreso. Respetaba las creencias ajenas, la manera de cada cual de vivir la vida, pero algunas eran limitantes y perjudiciales. Coartaban la libertad del individuo.

—Esto también tiene solución —le susurré cuando me separé de él.

Era lo único coherente que se me ocurrió decirle. Pretendía inyectarle una dosis de esperanza, aunque fuese mínima. Creía que era cosa del pasado, de una época oscura y medieval, que las diferencias religiosas se convirtiesen en un impedimento cuando dos personas se enamoraban.

Finalizamos nuestro breve encuentro en el banco donde solíamos sentarnos alguna vez a conversar. Se hallaba resguardado por un impresionante árbol centenario, el cual no podía evitar mirar de vez en cuando. Su tronco era amplio y firme. Inclínabamos la cabeza para contemplar sus hojas verdes que en aquella época del año se entremezclaban con otras marrones. Las ramas permanecían tan lejanas que parecían un adorno del cielo.

Conseguí sacarle alguna sonrisa a Mario y prometimos vernos pronto.

Después de aquella desconcertante conversación, me dirigí con paso acelerado a mi apartamento. Me duché y arreglé con una rapidez envidiable a la vez que pensaba que no me apetecía nada el plan que Alicia me había propuesto. Una intuición me susurraba que aquel acontecimiento no estaba diseñado para mí. «Pero ya me he comprometido» pensé, con resignación, mientras me ponía mi perfume. Posteriormente, abandoné el apartamento.

Acudí velozmente al restaurante. Alicia me esperaba en una mesa amplia en la que había varias personas sentadas que no conocía. Conté unos ocho comensales en total. Me presentó y todos me recibieron con una sonrisa de cortesía.

Los platos que nos sirvieron estaban deliciosos y, además, eran auténticas obras de arte. Me sabía mal deshacerlos a bocados. Pero, a pesar de la elevada calidad de la comida, no disfruté mucho de la velada. Todos los allí reunidos eran personas que se expresaban de una forma excesivamente elegante. Utilizaban palabras y frases rimbombantes, algunas de ellas en desuso, que me causaban dolores de cabeza.

Yo amaba la cultura y admiraba un rico vocabulario, pero aquella escena sobrepasaba el límite y emanaba pedantería.

A mí me gustaba la gente que tenía conversación e inteligencia, pero me gustaba aún más la gente con la que podía mostrarme yo misma, sin miedo a ser evaluada. Esa cena parecía una competencia para ver quién ensalzaba más sus conocimientos. Todos parecían informados sobre los últimos avances en ciencia y tecnología, y sobre otras muchas materias que desconocía que existieran.

—Lástima que este dinero llegue a personas que no han sabido encauzar su vida —dijo un hombre de edad avanzada, cabello canoso y pose estirada.

Todos le rieron la gracia, incluso Alicia. Todos le bailaron el agua menos yo.

—¿Por qué les ayudas, entonces? —pregunté, mirándole directamente—. ¿O acaso toda esta parafernalia es pura apariencia?

Se produjo un silencio tenso. Escuché murmullos a mi alrededor, y en la mirada del hombre atisbé la palabra «indignación».

Yo nunca me metía en problemas. Era la típica persona que pensaba mil veces antes lo que tenía que decir. Siempre me caractericé por ir a lo mío. Pero aquella escena me estaba dando mucha rabia. Un impulso interior se adueñó de mi boca y expulsé aquellas palabras. Cuando me di cuenta del ambiente que se había creado, el corazón empezó a latirme a mil por hora. No me gustaban las peleas y no deseaba enzarzarme en una con aquel odioso señor.

—Eres demasiado descarada, señorita —dijo con esa voz grave que me provocaba dolor de oído—, no hables sobre lo que desconoces.

Notaba que se me teñía la cara de rojo. Necesitaba decirle cuatro cosas bien dichas a ese hombre. Pero conté hasta diez a la vez que me incorporaba.

—Si me disculpan —dije—, yo ya he terminado.

Escapé de aquella desagradable escena, literalmente. Lo único que me importó fue que no probé el postre de aquel larguísimo, y excesivamente caro, menú degustación. El precio superaba los ciento cincuenta euros. Pero a mí me alegraba que fuesen destinados a una buena causa.

Alicia vino detrás de mí y, una vez estuvimos en la calle, me agarró del brazo con firmeza.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió y todo su semblante derrochaba enfado.

Yo me deshice de su mano de una forma un tanto brusca.

—¿Por qué me has traído a cenar con estos *gilipollas*? —pregunté y alcé un poco el tono de voz.

Alicia se sobresaltó ante ese adjetivo y yo hice lo mismo. Aquel lenguaje en ocasiones resultaba liberador, pero no era propio de mí.

—Creía que eras una persona educada —continuó—, me has dejado mal delante de una de las personas más importante de este país. Es el Dios de la cultura, Lola. ¿Sabes lo que has hecho?

—Si ese es tu Dios, tienes un problema —dije y me di la vuelta, sin dejarla terminar.

Anduve hasta mi casa con paso furioso. Mis pensamientos desprendían enfado hacia esa pandilla de *esnobs*. Puede que Alicia no fuese lo que yo esperaba. Cuánto más la conocía, menos me gustaba. Eso era frecuente con algunas personas. Mi abuelo Ramón decía que había gente que era todo apariencia. Poseían un exterior bonito, digno de admiración. Pero cuando los veías de cerca y empezaban a quitarse capas y más capas mostraban su verdadera esencia, te causaban auténtico rechazo.

Por el contrario, aunque desconozco el motivo, existen sujetos que nos suscitan curiosidad, aunque solo hayamos intercambiado dos palabras con ellos. Como si poseyesen una especie de halo magnético que te empuja hacia ellos, a querer conocerlos y desenmarañar el misterio que los envuelve.

Nuevamente, conduje mi mirada a la ventana de la tercera planta. La persiana llevaba desde el sábado bajada, pero aquella noche sí que estaba levantada.

Capítulo 5

El cielo amaneció abombado, la tonalidad ceniza predominaba. Se hallaba colmado de espesas nubes que anunciaban lluvia.

Las calles despertaron sombrías porque el sol permanecía completamente oculto.

«La que va a caer» me dije nada más despertarme. Cuando le di a *tornado* su rutinario paseo, temí que el cielo se precipitase sobre mí.

Me preparaba mi café con bebida de almendras y mis tostadas con aguacate cuando un trueno provocó que toda mi cocina retumbase. Di un respingo y me acerqué velozmente a la ventana. Justo en ese instante, un relámpago se adueñó del firmamento y, acto seguido, otro trueno volvió a explotar. El ruido causó que me espabilara de golpe. Dejé de frotarme la cara y de bostezar.

En esa ocasión, el agua acompañó al estremecedor estallido. Comenzó a llover vigorosamente. Las gotas eran tan afiladas que asemejaban agujas de hielo. Se estrellaban contra todo objeto que se interpusiese en su camino.

A mí me calmaba el sonido que producía la lluvia. Era una especie de melodía rítmica y plácida. Se formaba cuando el agua tropezaba con los cristales de las ventanas, adornándolos, y con el pavimento de las diferentes avenidas.

Menos mal que tenía la costumbre de pasear a *tornado* a primera hora de la mañana, nada más levantarme. Con semejante tormenta no hubiera podido darle el paseo de veinte minutos al que está acostumbrado.

Una vez hube desayunado, me vestí y me preparé el bolso y la carpeta con las cosas necesarias para el instituto. Miré mi teléfono móvil un momento y comprobé que tenía varios mensajes y una llamada perdida de Alicia. Los leí aparatosamente mientras cerraba la puerta de mi apartamento con llave. No estaba segura de si quería seguir quedando con ella.

El ajetreo del jueves por la mañana no me permitió reparar en las consecuencias de coger el ascensor en un día de tormenta. Me introduje en aquel estrecho espacio y, antes de pulsar el botón que me llevara a la planta baja, pensé en responder a los mensajes de Alicia. Lo medité demasiado tiempo porque alguien llamó al elevador, las puertas se cerraron, y este ascendió sin que yo pudiese interrumpir el trayecto. Tenía las manos demasiado ocupadas.

Me guardé el móvil con rapidez en el estrecho bolsillo del pantalón y suspiré fuertemente. Por el camino que llevaba, adiviné quién lo había solicitado.

La puerta automática se abrió y apareció la figura de Paula. La expresión de su cara reveló que le parecía extraño encontrarme allí dentro.

—Te me has adelantado... —dije con una sonrisa cercana—, no me dio tiempo a pulsar el botón de la planta baja.

—Vaya... —susurró mientras se introducía en aquel estrecho espacio—. Disculpa.

—No te preocupes, me entretuve y tardé demasiado en decidirme.

La chica iba ataviada con su característica ropa de cuero negro, y a mí me dio nuevamente aquel escalofrío. Ese día su mirada no chispeaba tanto. Los luceros que dominaban su rostro se mostraban ensombrecidos, un tanto apagados, y un matiz grisáceo los envolvía al igual que le ocurría al cielo en aquella mañana de lluvia.

No me atreví a darle conversación porque intuí su ánimo un poco apagado. Cada centímetro de su cuerpo irradiaba cansancio.

El ascensor descendía y nosotras guardábamos un silencio prudente.

Cuando nos hallábamos en la primera planta, a solo unos segundos de que la puerta se abriese y cada una pudiera seguir su camino, el aparato eléctrico detuvo su trayecto, de manera repentina, y las luces se apagaron.

—Vaya —musitó Paula.

—Definitivamente, hoy llegaré tarde —dije a modo de broma para restarle tensión a la situación.

—Tiene que haber un botón de emergencias —dijo la chica mientras se dirigía al panel.

Nuestros brazos se rozaron brevemente y sentí una especie de estremecimiento en la boca del estómago.

—Me he quedado sin batería —se quejó.

Pretendía alumbrar los botones con su teléfono móvil.

—Espera —dije a la vez que me llevaba la mano al bolsillo—, aquí tengo el mío.

Lo extraje con cierta dificultad y lo aproximé al panel. Vi un botón amarillo que tenía una campana dibujada en el centro. Lo pulsé un par de veces y esperamos en silencio.

—No ha sonado —comentó Paula.

No era capaz de verla con claridad en aquel momento, pero la calidez de su aliento en mi cuello me advirtió que se encontraba muy próxima a mí. Su fragancia particular y el aroma a menta que despedía su boca se entremezclaron y me llegó aquella combinación de olores tan agradable.

—Creo que no.

—Esperaremos, entonces —añadió con cierta resignación.

Percibí su tono de voz demasiado frío y sus palabras fueron cortantes como cuchillos. Quizá, me atrevería a decir que sonaba un «pelín» borde. No la veía, pero radiaba insatisfacción, amargura y frustración. «Un día malo lo puede tener cualquiera», pensé. Eran extraños los individuos que no pagaban su malestar con el resto del mundo. Aquella era una mala costumbre que los seres humanos adoptaban con facilidad.

No abrí la boca porque intentaba evitar a toda costa cualquier tipo de conflicto. Por lo tanto, tomé asiento en aquel frío suelo y esperé pacientemente. Alguien nos encontraría y llamaría al técnico responsable que nos sacaría de allí. De aquel estrecho, oscuro y asfixiante espacio.

Intuí como se aproximaba al botón de emergencias de nuevo, y lo apretó con insistencia. «Se está pasando de la raya con esa actitud». Comprendía que no quisiese mantener una conversación porque yo también tenía mis momentos de introspección. Pero me cabreaba la gente que se mostraba irritada y pagaba sus problemas, o días malos, con los demás. Nadie tenía la culpa y la mayoría amontonábamos conflictos interiores sin resolver. Cuando todos actuábamos de la misma forma, el mundo se convertía en un campo de batalla, lo cual, pensándolo detenidamente, era lo que a menudo sucedía.

—Si lo rompes, no solucionarás nada —dije con una frialdad serena. Me entraron ganas de decirle cuatro cosas bien dichas—. Lo que puede ocurrir es que se retrase el momento de salir.

Paula no me contestó. Optó por ignorarme. Se alejó del botón de alarma y tomó asiento en el suelo, frente a mí.

—Disculpa —dijo al cabo de unos segundos—, no ha sido la mejor semana de mi vida y tú no tienes la culpa.

Sus palabras me parecieron sinceras y no le reproché nada. No obstante, guardé silencio. El enfado seguía hurgándome las entrañas y no sabía qué decirle ni qué tono emplear.

—Imagino que ibas a trabajar —prosiguió ante la ausencia de palabras.

—Sí, lo que suele hacer la gente un jueves por la mañana —respondí y me percaté de que mi frase sonó un tanto hiriente, sarcástica.

Me pareció que Paula emitía una débil risa.

—¿Y a qué te dedicas? —me preguntó, empleando un tono más cordial—, si es posible saberlo.

La chica se esforzaba en aparentar amabilidad, pero a mí no me apetecía ponérselo tan fácil.

—Claro que puede saberse, no es nada ilegal —respondí y utilicé el mismo tono de antes.

En ese instante, fue ella la que guardó silencio. La manera de expresarme, todavía un tanto a la defensiva, debió de cortarle un poco el rollo.

—Imparto clases de arte en un instituto —respondí y esa vez mi voz sonó relajada y más cercana—, mi especialidad es la alfarería y la cerámica.

—¿La cerámica? —inquirió, sorprendida.

—Sí —contesté y en mi rostro se dibujó una sonrisa. Un gesto que no podía evitar exhibir cuando nombraba aquella disciplina que tanto me entusiasmaba.

No nos veíamos el rostro, pero en el ambiente ya no volaban cuchillos invisibles. Se respiraba una sensación más reconfortante.

—Yo también me dedico al mundo del arte —me informó y eso no me sorprendió porque la había visto, anteriormente, con su amplio cuaderno de dibujo.

También recordé cuando vislumbré su figura una noche frente al caballete.

—¿Eres pintora?

—Ilustradora de cuentos infantiles.

—Vaya, qué interesante —manifesté con sinceridad—, ¿utilizas seudónimo?

—No, uso mi verdadero nombre: Paula González —respondió—, ¿cómo has intuido lo de la pintura?

—Por el cuaderno de dibujo que llevas siempre contigo.

—Claro, qué tonta.

Ambas nos reímos disimuladamente y un nerviosismo interior empezó a acariciarme el vientre por dentro. Me llevé una mano a la nuca, gesto que solía hacer cuando me hallaba nerviosa.

—¿Sabes? —me aventuré a decirle, dispuesta a compartir con aquella desconocida un sueño que nunca le había revelado a nadie—, yo siempre he querido vivir de la cerámica.

Aquel anhelo secreto únicamente lo conocía mi abuelo Ramón. El hombre con el que compartía más confidencias. Él sabía escucharme de corazón. Me animaba a realizar cada deseo que le revelaba. «Tu vida te pertenece. Pasa demasiado rápido. Si disfrutas haciendo algo, hazlo y ya está. Más vale intentarlo mil veces y que no salgan las cosas como nosotros queremos que quedarte con la espinita de qué hubiese pasado». Aquello me lo repetía cada vez que nos veíamos. Pero las exigencias de la sociedad me paralizaban.

Lo que no le había comentado a mi abuelo Ramón era lo del local que se alquilaba y que frecuentaba con asiduidad. Me hallaba convencida de que me empujaría a llevar a cabo mi sueño y yo todavía no estaba preparada. Pensaba que jamás lo iba a estar.

—¿Lo estás haciendo, no? —inquirió Paula—, dedicas tu tiempo a la cerámica.

—Enseño este arte y es bonito —dije—, pero lo que realmente me gustaría es abrir una tienda en la que vender mis propias piezas.

—¿Eres también artesana? —preguntó con entusiasmo.

—Hago lo que puedo.

—No es fácil hacerse un nombre en el entorno artístico —comentó—. El mundo laboral es muy complicado, sobre todo si te sales de las carreras más técnicas.

—Lo sé... —afirmé con conocimiento de causa.

—Sin embargo, si no lo intentas, nunca sabrás si hubiese sido o no posible.

Guardamos silencio y, aunque no éramos capaces de vernos el rostro con claridad, percibíamos los ojos de la una sobre la otra. Un sentimiento intenso nos traspasó y nos paralizó. Permanecimos así durante unos mágicos segundos hasta que una voz exterior rasgó la burbuja en la cual nos introducimos.

—No tardaremos en sacaros de ahí.

Paula y yo nos incorporamos rápidamente. No volvimos a cruzar ninguna palabra hasta que el técnico nos liberó y no tuvimos más remedio que despedirnos con timidez.

Me dirigí con paso pausado al coche, ya no me importaba llegar tarde.

Acababa de vivir un momento extraño, que traía consigo sensaciones desconocidas para mí.

Mi cabeza realizaba un esfuerzo extra para asimilarlo.

Capítulo 6

Decidí darle a Alicia una segunda oportunidad. Ya no la veía como una posible pareja, pero podía convertirse en una amistad. Había aspectos de ella que me agradaban. Puede que en la cena benéfica se comportase de esa manera para quedar bien con los pedantes que había allí reunidos.

En ocasiones, el contexto nos influye y actuamos por imitación, de la misma forma en la que los otros lo hacen, aunque no esté bien. Aunque vaya en contra de nuestros principios. Así lo hacemos para sobrevivir. Para no ser apartados del grupo social, evitando el ostracismo cueste lo que cueste.

Como decía mi abuelo Ramón de manera burlona: «*coma caca que un millón de moscas no pueden estar equivocadas*». Se refería al hecho de que las personas hacemos cosas porque otros las hacen y no nos cuestionamos si están bien o mal o si sencillamente nos hacen felices. Creo que insistía en ello porque quería que yo tuviese mi propia personalidad.

Llevaba tiempo sin verlo porque él vivía con mis padres en mi pueblo natal, que quedaba a cuatro horas de trayecto en coche. Pero pensaba ir pronto. Mi familia vivía en una cabaña acondicionada de madera, al lado del bosque y no demasiado alejada del centro del pueblo. Ambos trabajaban en casa y se podían permitir residir en un lugar apartado. Fue el sueño que tenían de jóvenes y finalmente lo hicieron realidad.

Unos días de desconexión iban a venirme estupendamente para recargar pilas y encarar la rutina con humor. Muy pronto, en cuanto tuviese vacaciones o un puñado de días libres juntos, acudiría a aquel reparador lugar sin meditarlo dos veces.

En ese momento, me encontraba con Alicia en el cine. Fuimos a ver una de esas películas alternativas que tanto le gustaban. Yo también agradecía un buen *film* de esos profundos que te hacen reflexionar. Pero, a veces, necesitaba algo más ligero, por decirlo de alguna manera. Algo que me hiciese reír y olvidar mis problemas. Pero todo con Alicia era intenso. Demasiado introspectivo y penetrante.

Después de verlo, fuimos a cenar y comentamos cada escena de la película hasta que a mí me entró dolor de cabeza. Tuve que llevarme la mano a la boca, más de una vez, para reprimir un bostezo. Del mismo modo que agrandaba mis ojos para no quedarme dormida. Ella le seguía dando vueltas y vueltas a todo de manera incansable. Estudiaba cada frase del guión meticulosamente e interpretaba cada escena con detalle.

Cuando concluyó la cena, me despedí de ella a la salida del restaurante. Necesitaba deambular sin rumbo fijo. Quería quedarme a solas con mis pensamientos y sentir como el frío de la noche acariciaba mi rostro. Anhelaba adentrarme en el paseo marítimo y deshacerme de cualquier estímulo exterior. Pero Alicia no sabía leer entre líneas e insistió en acompañarme a casa. Como no quería despojarla de su entusiasmo, accedí. Aunque no era necesario ser un experto para descifrar mi mirada de hastío.

—No quiero sacar el tema de nuevo —dijo a la vez que paseábamos con lentitud la una al lado de la otra—, pero lamento que no te sintieras cómoda el otro día.

—No te preocupes —comenté con la intención de zanjar el tema—, está todo olvidado.

—Sé que son personas bastante *superficiales* —continuó y yo me di cuenta definitivamente de que Alicia no comprendía mi lenguaje no verbal—, pero son importantes los contactos, ya sabes.

—Entiendo —articulé y, nuevamente, tuve que realizar un sobresfuerzo para que no se me

escapase un bostezo.

—¿Tan complicado te resulta adaptarte a otras personas? —preguntó para mi sorpresa.

En ese instante, nos detuvimos porque mi edificio quedaba justo enfrente. Yo conté hasta diez porque no quería discutir con Alicia de nuevo.

—No se trata de adaptación —contesté—, simplemente, no tengo porque dejar de ser yo misma para agradarle a otras personas.

Alicia me contempló extrañada. Como si no me entendiese bien, o no estuviese de acuerdo, y no encontrara el argumento adecuado para rebatirme.

En ese momento, vi por el rabillo del ojo la silueta de Paula que se disponía a entrar en el edificio.

El corazón se me precipitó y ya no podía prestarle atención a ninguna cosa más. Todos los objetos que componían el entorno se difuminaron. Únicamente veía a Paula con claridad.

Mi acompañante abrió la boca, iba a decirme algo, pero yo no la dejé hablar. Nuevamente, esa fuerza que parecía externa a mí me controlaba y, de forma mecánica y con rapidez, me despedí de Alicia.

—Hablamos otro día —dije mientras me separaba de ella—, necesito ir al baño.

Fue la única excusa que se me ocurrió. Mi acompañante murmuró algo que no entendí bien y yo corrí hacia la portería con la esperanza de que Paula aún no se hubiese adentrado en el ascensor.

Crucé la puerta y vi como mi nueva vecina apretaba el botón desde el interior.

—¡Espera! —exclamé a la vez que me dirigía a ella rápidamente.

Vi como todo su semblante se encendía. Sus dos luceros chispeaban, como un cielo estrellado, y su sonrisa era tan resplandeciente que me la contagió.

—Gracias —susurré una vez estuve situada a su lado.

—¿Vas siempre tan acelerada por la vida? —me preguntó con un deje burlón en la voz.

Aquello me pilló desprevenida. Por lo tanto, en vez de responderle, la contraataqué.

—A mí me desesperaría tu lentitud, sí.

Me miró un instante con la boca abierta y le guiñé un ojo.

—Me gusta tomarme la vida con calma —dijo con una serenidad irritante—, todo se saborea más.

—Tanto que empacha —apunté con un matiz socarrón.

Nos miramos durante unos segundos y reímos abiertamente, sin prejuicios. Como si nos conociésemos de toda la vida y tuviéramos la confianza suficiente para gastarnos bromas.

Cuando la risa descendió, nos contemplamos con más intensidad. Nuestras miradas colisionaron y algo en mi interior estalló. Una especie de *big bang* que únicamente yo pude escuchar.

El aparato eléctrico ascendía y nosotras continuábamos mirándonos intensamente, sin piques ni desafíos.

Me fijé en cada detalle de sus ojos. Parecían contener un universo dentro. Eran de una tonalidad azul celeste, pero con multitud de matices en su interior.

Me prometí a mí misma que tenía que crear ese color para bañar algunas de mis piezas de cerámica.

—¿Sabes? —dije con la intención de rasgar ese extraño instante—, puede que vaya un *pelín* acelerada, pero también sé cómo disfrutar de la vida.

—No tienes pinta de mucha marcha —apuntó con el propósito de volver a picarme.

Noté sus malas intenciones en su mirada y en la sonrisa de pillo que esbozó.

—Está bien... —musité.

Justo en ese momento, la puerta del ascensor se abrió.

—Podríamos quedar un día y hacer las cosas a mi manera durante un rato —propuse.

—¿Y durante el otro rato decidiré yo? —preguntó maliciosamente.

—Eso es.

—No acostumbro a coger tanta confianza con mis vecinos, pero suena bien —dijo—, no todos los días se conoce a una artesana de la cerámica.

Puse los ojos en blanco y ella exhibió una sonrisa burlona.

En ese momento, *tornado* empezó a ladrar escandalosamente y de forma repetida. Había escuchado, y olfateado, mi presencia.

—Tu perrito te reclama —comentó y me di cuenta de que estaba alargando la despedida.

No me apetecía separarme de ella porque su presencia me atrapaba. Quedaba enganchada de una forma que nunca antes había experimentado. Como si fuese una envolvente tela de araña.

—Se llama *tornado*.

—Como no... —murmuró—, su nombre hace referencia a tu veloz estado.

Negué con la cabeza, nos despedimos y la puerta del ascensor se cerró.

Me adentré en mi apartamento con una cara de *idiota* que vislumbré nada más mirarme en el espejo.

Capítulo 7

No es fácil describir la sensación que experimento cuando modelo la arcilla. Mi cabeza está colmada de pensamientos todo el día. Se deslizan con rapidez, uno detrás de otro e incluso varios a la vez, y, en ocasiones, no tienen coherencia. Pero cuando mis dedos entran en contacto con el barro, húmedo y frío, las preocupaciones se desvanecen. Como si aquella simple actividad alimentase mis cinco sentidos. El mundo se paraliza. Únicamente importa ese fascinante instante.

Trabajaba el material de manera cuidadosa, con una concentración envidiable. Elaboraba las piezas cariñosamente hasta que mi móvil comenzó a sonar de forma estridente. «Mierda, se me olvidó ponerlo en silencio» pensé a la vez que lo contemplaba de soslayo. El pequeño aparato electrónico vibraba y sonaba encima de un taburete que tenía al lado.

—Y tengo que cambiarle la melodía de una vez —dije mientras estiraba el cuello para ver quién me llamaba.

Era Alicia. Tenía un mensaje de ella todavía sin responder. Hará unos días, antes de irme a trabajar, lo había leído rápidamente y después lo marqué como «no leído». La chica me proponía ir a una exposición de pintura, pero yo no estaba convencida y no le contesté. Imaginé que su llamada era para confirmar si me apetecía o no el plan. Dejé la tarea aparcada y me lavé las manos. Me quité la amplia camiseta blanca que utilizaba cuando trabajaba con barro. La pobre estaba repleta de múltiples manchas de color terracota.

Al cabo de unos minutos, le devolví la llamada.

—¿Lola?

Su tono de voz desprendía seriedad.

—He visto tu llamada —le dije con naturalidad—. No me ha dado tiempo a responderte.

—Hace días que te mandé el mensaje.

Aquello sonaba a reproche. Como si pensase que yo la estaba evitando.

—Lo vi, pero no estaba segura de poder acudir —le informé y, automáticamente, me percaté de que no tenía por qué darle tantas explicaciones.

No éramos nada. Todavía estábamos conociéndonos. En ocasiones, se comportaba como si yo fuese de su propiedad. Como si ella pensara que era una prioridad en mi vida y yo tuviese la obligación de atenderla cuanto antes.

—Pues podrías haberme respondido que tenías que pensártelo.

—Vale —musité con un deje de resignación en la voz.

Se produjo un silencio rígido, tirante. Un silencio que asemejaba una diminuta goma de plástico en tensión. De un momento a otro, uno de los dos extremos podría soltarse y alguien saldría herido.

—Veo que no es un buen momento —dijo finalmente.

No respondí. No sabía qué decirle para que mis palabras no la ofendiesen.

—Lláname tú cuando te apetezca quedar.

—De acuerdo, Alicia —dije.

Me colgó directamente, sin dedicarme un «adiós» o un «hasta luego». No quise llevárselo en cuenta. Opté por ignorar aquella actitud típica del patio del colegio que algunos arrastran hasta la edad adulta.

Vi que también tenía varios mensajes de Mario y los leí con más interés. El chico quería

quedar para tomar algo y accedí. Me vendría bien echarme unas risas con mi risueño amigo.

Quedamos en una tetería de un amigo suyo que se encontraba en el casco antiguo. El establecimiento se hallaba próximo a mi vivienda. Se trataba de un espacio que me encantaba. Cuando te introducías, el entorno árabe te arrojaba. Era bonito, fresco y repleto de vegetación.

La tetería permanecía colmada de rincones con alfombras de un rojo carmín, las cuales poseían bordados de color dorado. Encima había varios cojines para que pudieras acomodarte en el suelo. La decoración árabe era realmente sugestiva. Te trasladaba a otro lugar del mundo con mucha facilidad.

También disponían de mesas, sillas y bancos por si algunos clientes preferían sentarse para tomarse el té. Nosotros siempre optábamos por tumbarnos en el suelo, tal y como dictaban las buenas costumbres.

Vislumbré la silueta de Mario. Como predije e imaginé, el chico estaba acostado de lado sobre la alfombra y aspiraba de la boquilla de una cachimba plateada. Sabía que tenía predilección por el tabaco con sabor a frutos del bosque.

Tomé asiento junto a él, pedimos un té y pastas árabes tradicionales. La *baklava* era nuestra favorita. Se trataba de un dulce típico de la cocina turca. Estaba elaborado con una pasta de pistachos, distribuida en una masa fina y crujiente. Su sabor era realmente exótico y delicioso. Nos lo sirvieron en una preciosa bandeja dorada. La tetera era plateada y los vasos, de pequeño tamaño, de diferentes y llamativos colores. Cada recipiente poseía una preciosa decoración representativa del mundo árabe. Repetimos en varias ocasiones y nos inflamamos a comer este dulce que he mencionado.

En un principio, nos dedicamos a decir tonterías y a reírnos. Nos hizo gracia hasta el moscardón que pasó volando frente a nuestros ojos. Nos reímos tanto que en más de una ocasión tuve que llevarme las manos a la barriga porque me dolía. Al mismo tiempo, me secaba las lágrimas de alegría que embadurnaban mis mejillas. No era fácil conocer a personas con las que conectar y poder mostrarte tal cual eres en realidad.

Era curioso. Mario se había educado en un colegio estrictamente religioso y aquello no influyó en su personalidad. Tenía una mentalidad bastante abierta, incluso más que muchos amigos míos que estudiaron en universidades públicas. Su manera de pensar y entender el mundo se asemejaba mucho a mí.

—Por cierto —dijo en una pausa que hicimos entre carcajada y carcajada—, hoy te presentaré a María.

Me encontraba dando un sorbo a mi vaso de té y los ojos se me abrieron como platos. Tragué la cálida bebida con dificultad, se introdujo por donde no era y me entró un breve ataque de tos. Aquella noticia fue una sorpresa grata.

—¿De veras? —inquirí cuando el carraspeo se me hubo pasado.

—Sí, he quedado con ella dentro de diez minutos en el paseo marítimo.

—¿A qué esperamos, entonces? —le pregunté con entusiasmo.

María nos esperaba sentada en un banco del paseo marítimo. Casualmente, se trataba del banco que Mario y yo siempre escogíamos para relajarnos y conversar, el que permanecía resguardado por el imponente árbol.

La chica se incorporó de un brinco cuando se percató de nuestra presencia. Le tendió un beso en los labios a Mario y vi como la piel pecosa de mi amigo adquiría unos matices rosados.

María era menuda, igual que él. Poseían más o menos la misma altura. Tenía el cabello largo y rizado. El sol se estaba poniendo en aquel momento y su pelo, de un color rubio trigo, brillaba. Despedía reflejos dorados. Enseguida me percaté de que sus pestañas eran completamente níveas. «Nunca antes había visto unas pestañas tan blancas», pensé. Pero me parecieron únicas y resaltaban la tonalidad avellana que teñía su iris.

La chica, que era muy enérgica y habladora, se presentó sin que a Mario le diese tiempo a articular palabra y le tendí dos besos.

Su novio la contemplaba de soslayo, con mirada inocente. Unos ojos de enamorado que reconocí porque los había visto en otras personas. Yo aún no sabía lo que era tener esa mirada ni cuáles eran los sentimientos interiores que la provocaban.

Dimos una pequeña vuelta y hablamos los tres sin descanso. La química existente entre la joven pareja se palpaba. Despedían minúsculas chispitas, cargadas de magia.

Me despedí de ellos porque notaba que se estaban poniendo excesivamente cariñosos. Empezaba a sentirme fuera de lugar e intuí que mi presencia les cohibía en cierto sentido. Quería darles la intimidad que necesitaban.

Cuando llegué a casa, justo en el momento en el que introduje mis llaves en la cerradura de la portería, alguien se me adelantó y tiró de la puerta desde dentro. Ni siquiera me dio tiempo a girarlas del todo. Era Paula. Me sorprendió verla porque su persiana llevaba unos días bajada.

Durante dos semanas no la vi. No coincidimos en el ascensor, pero escuchaba, de vez en cuando, el sonido de sus zapatos. Un taconeo sereno que provenía del piso de arriba.

Una noche la tentación pudo conmigo y la busqué en internet. Había varias páginas web con información sobre Paula González. Todo profesional, ninguna me aportó detalles personales que apaciguasen la curiosidad que me suscitaba. Averigüé que era famosa en el mundo de la ilustración. Estuve horas viendo sus diferentes trabajos que poseían un estilo naif muy particular. Jugaba con los colores azules, verdes y amarillos. La temática principal estaba relacionada con el mundo natural. Trabajaba para una editorial cuyos cuentos poseían un potente mensaje de concienciación sobre el medio ambiente.

—Hola —saludé tímidamente cuando la vi—, hacía días que no te veía.

—He estado con la familia —me informó con una sonrisa cercana.

Enseguida me percaté de que sus dos luceros no concordaban con aquel gesto. Se mostraban nuevamente apagados, con un deje de tristeza que revoloteaba en su interior.

Me aparté para que pudiese salir a la calle y me introduje rápidamente. Después, nos deseamos las buenas noches.

—Oye —dijo a mis espaldas, antes de que la puerta se cerrara del todo.

Me di la vuelta con prudencia.

—¿Crees que es un buen momento para cumplir con tu promesa? —inquirió.

Su pose revelaba que estaba haciendo un sobreesfuerzo para mantener el ánimo elevado. Como si alguna circunstancia exterior que se encontraba fuera de su control lo menguase.

La miré desconcertada. En ese momento, no sabía a qué se refería.

—Voy a un sitio que creo que te gustará.

Caí en la cuenta y negué con la cabeza por no haberme percatado antes.

—Oh...¿ahora? —susurré—, pues es un poco tarde y mañana trabajo.

—¿He descuadrado tu estricta rutina? —me preguntó con un deje burlón en la voz—, lo suponía.

Soltó la puerta de la entrada que comenzó a cerrarse con lentitud. Las últimas palabras que me dedicó me enervaron muchísimo. Sé que aquello era lo que Paula pretendía.

Un fuego interior, con forma de rabia, se apoderó de mi conducta y me dirigí, firmemente y con paso ligero, a la calle de nuevo.

—¡Espera! —exclamé cuando vi su silueta a lo lejos.

La chica se detuvo en seco. Giró su semblante y una sugerente sonrisa inundó su rostro.

Capítulo 8

Me monté en la moto de Paula después de colocarme con torpeza el casco que me tendió. Lo ajusté con dificultad y con un sutil temblor en las manos.

Estaba tensa porque era la primera vez que me montaba en una moto. No le comenté nada para que no se burlase de mí. Mi madre me metió mucho miedo de pequeña con respecto a las motos. Por culpa de las historias que introdujo en mi cabeza, les cogí un pánico irracional e injustificado. En esos instantes, por orgullo ante todo, iba a tragarme mi miedo. Me subiría en aquel transporte ruidoso de dos ruedas por primera vez.

Cuando arrancó, tuve tentaciones de aferrarme a la cintura de mi nueva vecina, que se hallaba protegida por su característica chaqueta de cuero negro. No sé cómo no se congelaba de frío, con el viento helado azotándonos en la cara.

—¿Puedo saber a dónde vamos? —inquirí al adentrarnos por la estrecha carretera que bordeaba la costa.

Era evidente que se disponía a cambiar de municipio.

—Es una sorpresa.

Justo en ese instante, aumentó la velocidad y yo di un breve respingo.

—¿Estás asustada? —preguntó y me pareció oír una maliciosa risa.

—Para nada —respondí, intentando aparentar seguridad.

—Voy a acelerar un poco más...

—¿Y eso por qué? —pregunté.

En ese momento ya no pude reprimir más mi voz de alarma.

—No tengas miedo que será algo muy sutil —dijo y utilizó un tono reconfortante, familiar. El mismo tono que emplea una madre con su hijo—. ¿Ves los pueblos iluminados en la distancia?

Paula hacía referencia a los municipios que bordeaban la costa y quedaban al otro lado, justo enfrente de nuestro pueblo. Desde el paseo marítimo, contemplábamos sus luces en la lejanía.

—Sí...

—Pues cuando acelero, sus luces forman serpientes de diversos colores sobre la superficie del mar.

—¿Y tan fascinante es? —inquirí con escepticismo.

—Sujétate bien —dijo y, acto seguido, aumentó la velocidad.

Me aferré a su cintura en un acto impulsivo. Pretendía sobrevivir, salvaguardar mi vida. Era cierto que no iba *echa una bala*, pero el acelerón se notó.

—¡Mira! —exclamó.

Abrí los ojos, pues los cerré de golpe debido a la impresión, y me di de bruces con una imagen mágica. Era verdad. Las luces, que adquirirían una tonalidad diversa, se transformaban en serpientes que flotaban sobre la superficie del mar. Las múltiples tonalidades se reflejaban en aquella balsa negra como el alquitrán.

—Hipnotiza, ¿eh?

—Desde luego.

—Una pintora encuentra *arte* en todas partes —añadió.

Se me escapó una risita infantil, pero algo dentro de mí me impedía saborear el momento.

—Creo que deberíamos disminuir la velocidad.

—Pero si no hay nadie.

—En esta carretera no se puede ir a más de...

—«En esta carretera no se puede ir a más de...» —dijo, imitando lo que yo había dicho con una voz repelente—. Relájate y déjate llevar que no estamos haciendo nada malo.

No fui capaz de replicarle porque tenía razón. Volví mi mirada nuevamente al paisaje luminoso y me abandoné a las sensaciones que me regalaba aquel momento.

El trayecto fue breve. Al cabo de quince minutos, llegamos a una especie de finca que se encontraba a las afueras de un pueblo vecino.

Recorrimos con la moto una estrecha carretera que se hallaba en medio de la sierra, abrigada por frondosos pinos. La puerta de la entrada estaba abierta y vislumbré multitud de personas en el exterior. Charlaban y reían en grupos dispersos, con una copa entre las manos. Había camareros elegantemente vestidos que repartían bebida y canapés. Parecía un cóctel de esos que están de moda ahora en las prebodas.

Paula aparcó la moto donde se encontraban estacionados el resto de vehículos.

—¿Dónde estamos? —pregunté mientras me bajaba de aquel veloz medio de transporte.

Creo que me costó más quitarme el casco que ponérmelo. Me enzarcé en una pelea absurda con él y Paula intervino después de sacarse el suyo. Siempre he sido un poco torpe para este tipo de cosas.

—En una reunión de artistas —respondió mientras guardaba los cascos—, más, concretamente, de pintores e ilustradores.

Los mechones de cabello le caían alborotados sobre el rostro, y le acentuaban el punto rebelde que desprendía.

—Vaya —musité.

Nos adentramos en la monumental casa y la belleza que contemplé me paralizó durante minutos, impidiéndome articular palabra.

Los pasillos y estancias permanecían repletos de lienzos. Cada uno con su sello y su propio estilo pictórico. Era maravilloso lo que era capaz de realizar la creatividad humana. Además, los elementos decorativos, y la iluminación, estaban dispuestos para que el ambiente te embaucase.

—¿Qué te parece? —me preguntó Paula cuando transcurrieron unos minutos.

Mi nueva vecina no se había despegado de mi lado. Sospecho que disfrutaba con mis reacciones.

—Impactante.

Lo recorrimos todo y me aportó bastante información. No intervenía si yo no se lo pedía. Dejaba que la obra de arte llegase a mí con libertad. Resolvió mis dudas y curiosidades cuando estas surgían. Aprendí mucho con ella. Mientras hablaba la contemplaba de soslayo, pero cuando ella dirigía sus ojos en mi dirección, desviaba la vista rápidamente. Esa conexión me provocaba sensaciones físicas que no era capaz de disimular.

Salimos un instante al exterior. Paula saludó a varios conocidos que me presentó y mientras conversaba yo aproveché para tomar algo. Vislumbré la silueta de Alicia. La chica se encontraba admirando un mural con un *grafiti* que había frente a una piscina. Nuestros ojos se chocaron y levantó la cabeza a modo de saludo. Le correspondí e imaginé que aquel sitio era el lugar al que

quería traerme. Casualidades de la vida. No sabía si debía acercarme. Preferí mostrarme prudente.

—Es un encuentro que se realiza un par de veces al año —dijo Paula que se había situado a mi lado sin que yo me diera cuenta—, compartimos nuevas técnicas e información que puedan impulsar nuestros proyectos.

—Me parece fascinante.

—¿Nunca habías acudido a un sitio así?

—No, estoy sumergida en la enseñanza —admití—, me aparté del mundillo hace muchos años.

—Seguramente que también hagan eventos los grupos de alfareros ceramistas —señaló—, puedo coger información si quieres. Este tipo de lugares anima.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento. Hacía mucho tiempo que me rendí. Qué me conformé en crear piezas de cerámica únicamente para mí y las personas de mi entorno. Dedicarme a aquello profesionalmente se me antojaba complicado e imposible. Una opción que estaba al alcance de muy poca gente.

Volví a introducirme en la casa porque quería ver aquellos trabajos una vez más. Eran tan inspiradores. Repletos de sentimientos y horas de arduo esfuerzo. Un esfuerzo que solo los que nos dedicábamos a ello podíamos dilucidar. Estaban tan bien hechos que parecían algo «divino». Como si se hubieran materializado en un pestañeo. Aquellos pintores e ilustradores hacían que pareciese fácil, que los trazos se plasmasen como el agua, pero yo era consciente del enorme trabajo que había detrás.

Conversé con Paula y bromeamos. Era algo que nos nacía con naturalidad. Me presentó a más artistas y no volví a tropezarme con Alicia.

No eran todavía las doce de la noche cuando decidimos volver a casa.

—Me ha encantado la experiencia —le dije con sinceridad cuando el ascensor se detuvo en mi planta—, pero la próxima vez decidiré yo.

—Estaré esperándote en el piso de arriba.

Nos reímos tímidamente y, al instante, nuestros ojos colisionaron con intensidad. Una intensidad que frené rápidamente.

Me despedí de ella con un inaudible «hasta luego».

Capítulo 9

No descansé bien aquella noche. Me despertaba cada dos por tres y comprobé la hora cientos de veces: menos cuarto, y cuarto, y media, menos diez. Creo que fui testigo de todas las horas posibles. Resoplaba con resignación al ver que todavía quedaba mucho tiempo para que la alarma del teléfono móvil sonase.

«Creo que me atrae, aunque no la conozca mucho». Aquel fue el maldito pensamiento que me espabiló como a un búho. La mente me lo susurró nada más tumbarme en la cama y ya no cogí el sueño con profundidad.

A partir de ahí, mi interior se convirtió en un campo de batalla. «No tenemos nada que ver». «Seguramente, todo son imaginaciones mías y ella me ve como una amiga». Mi cabeza no se callaba. No podía amordazarla. Quise frenar aquellas cavilaciones, pero no me hacían caso. Iban a su bola. Como delfines nadando libremente por el océano.

No sabía exactamente lo que me estaba sucediendo, o no me interesaba admitirlo más bien. Pero lo que no podía negar es que Paula había accionado un mecanismo dentro de mí que hasta la fecha desconocía. Nunca antes nadie había captado tanto mi interés. Nunca antes nadie me había hecho sentir tan... viva.

Me sentí resignada y cogí de nuevo el teléfono móvil. Caí en la tentación y la busqué en internet otra vez. Volví a leer la pequeña entrevista que le hicieron para su editorial y quedé atrapada, nuevamente, por el encanto de sus ojos.

En la foto sostenía una de sus ilustraciones, pero yo le miraba los ojos únicamente. Unos ojos que exhibían un universo particular y propio, un universo que me estaba atrapando e intuía que no sería sencillo escapar de él.

A la mañana siguiente realicé mis rutinas atropelladamente. Hasta *tornado* se percató de mi extraño estado de ánimo. Porque cuando lo paseaba me dio un cabezazo en la pantorrilla. Como si pretendiese espabilarme, devolverme los pies a la tierra.

Para distraerme, me dirigí hacia el local que se alquilaba. Llevé a cabo el ritual que siempre hacía cuando me encontraba allí: me posicioné frente a él, acerqué mi rostro al escaparate y soñé que mis piezas de cerámica lo adornaban. Pero aquel día añadí un paso más que me sorprendió: apunté en mi móvil el teléfono que había escrito en el cartel. Lo hice de manera automática. Sin meditarlo demasiado. Aquello no implicaba nada.

La exposición de pintura que visité la noche anterior me animó. Ser consciente de la gran cantidad de gente que vivía de su arte me inspiró. Por una vez pensé que mi sueño también podía convertirse en realidad. Aquellas personas no eran más especiales que yo. Ellas habían logrado sus objetivos y yo, posiblemente, lo intentaría. «Quizá, algún día...».

Cuando regresé a mi edificio, realicé un sobresfuerzo y decidí no mirar su ventana para comprobar si se encontraba o no en casa. La maldita ventana de la tercera planta que tanto me obsesionaba. Aquello alimentaba todavía más mis inquietudes.

En el instituto, decidí no impartir clase aquel día. No deseaba marear a mis alumnos. Les puse una película sobre la vida de un alfarero que teníamos pendiente, y como tarea les mandé una redacción libre. Ellos debían redactarme los puntos que consideraban importantes. Quería que me transmitiesen el aprendizaje que el *film* les había aportado.

No quería volver a mi casa temprano porque temía que mi mente me acosara de nuevo. Le propuse a una compañera de trabajo ir a un centro comercial. Comimos en un restaurante mexicano hasta que la lengua nos ardió de tanto picante, y después nos fuimos de compras.

Compramos de todo: ropa, maquillaje, perfume, artículos de una herboristería y hasta un pañuelo rojo para *tornado* que tenía huellas de perro dibujadas por toda la tela. Creo que compré tan compulsivamente para olvidarme de mis problemas. Cada gasto suponía una pequeña alegría que compensaba mi extraño estado anímico.

Cuando regresé a mi pueblo, acudí a la cafetería de Mario. Me vendría bien un chocolate caliente y echarme unas risas con mi inquieto amigo.

Estaba su padre detrás de la barra preparando cafés, y el empleado, que acudía eventualmente, servía las mesas. Vislumbré la figura de su madre dentro de la cocina. Portaba una bandeja colmada de croissants de chocolate recién salidos del horno. Los bollos desprendían un sugerente humo y yo me relamí los labios de manera inconsciente.

Le pregunté a su padre por él y me dijo que no había ido a trabajar. Hecho que me extraño.

—¿Está enfermo? —inquirí, preocupada.

—No —respondió con firmeza.

Con aquel severo tono de voz zanjó el tema en seco.

La mirada que me dedicó impedía que le preguntara más sobre Mario. Como si aquellos no fueran mis asuntos. Sentí que estaba metiendo mis narices en vidas ajenas. Por lo tanto, pedí mi chocolate caliente y esperé pacientemente a que me lo sirvieran. En vez de traérmelo el camarero, me lo sirvió Pepe con una sonrisa conciliadora.

—Le diré a mi hijo que has preguntado por él —dijo amablemente y depositó un plato con un croissant calentito de chocolate—, invita la casa.

—Pues muchas gracias.

Había tomado asiento junto a la pared de cristal y unas tímidas gotitas se posaron sobre él. Parecían piedras preciosas con forma de lágrima. Se estrellaban y, acto seguido, se deslizaban.

Empezó a llover estruendosamente y pensé en enviarle a Mario un mensaje para ver qué le ocurría. Pero lo dejé pasar. El semblante de su padre revelaba que las cosas en casa estaban tensas. Le daría el tiempo que necesitase. Lo más probable es que él se pusiera pronto en contacto conmigo para informarme de las últimas novedades.

Busqué entre mis contactos el número de teléfono que aquella mañana había apuntado. Estuve al punto de pulsar la tecla de llamada, pero un pensamiento, en forma de miedo, me detuvo.

Esperé en el establecimiento hasta que el temporal se apaciguó un poco.

Llegué a casa y, antes de darle a *tornado* su paseo nocturno, contemplé las piezas de cerámica que yo había hecho y que permanecían distribuidas por toda la casa. Lo cierto es que mi

apartamento empezaba a asemejarse a un museo. Más bien, a una pequeña sala expositiva.

Mis trabajos se los había enseñado a muy pocas personas. Me sobraban dedos en una mano para contarlas. Puede que por vergüenza. Mis inseguridades interiores me impedían avanzar.

Un impulso se adueñó de mi conducta. Salí de mi apartamento con rapidez y subí los peldaños que me conducían al piso de arriba.

Tenía que cumplir con mi promesa y se me ocurrió una genial idea para llevarla a cabo. Debía darme prisa antes de que el miedo tomase de nuevo el control y me paralizara. Además, quería demostrarme a mí misma que Paula era únicamente una amiga.

Toqué el timbre y esperé hasta que unos pasos me pusieron de nuevo en tensión. Era un manojo de nervios andante.

Mi sorpresa vino cuando me abrió un niño pequeño, de unos doce años, que me contemplaba con una combinación de curiosidad y timidez.

Capítulo 10

—Hola —saludé, prudentemente, al pequeño que me inspeccionaba con curiosidad.

—¿Quién es?

La voz de Paula me llegó lejana. Como si se encontrara en otra habitación. Al instante, hizo acto de presencia. El niño era el único obstáculo entre ella y yo.

Mi vecina llevaba una bata blanca repleta de manchas de pintura y me di cuenta de que el pequeño lucía una amplia camiseta también teñida con los mismos colores.

—Lola... —susurró sorprendida y, automáticamente, esbozó una amplia sonrisa.

No estaba segura si se sentía atraída por mí, pero la expresión de su rostro revelaba que, al menos, le caía bien.

—Creo que he interrumpido algo —dije a modo de disculpa.

Me distancié un poco de la puerta de entrada. Desde pequeña me enseñaron a no invadir territorios ajenos. Siempre me comportaba con suma cautela cuando entraba en casa de alguien. Creo que hasta en alguna ocasión llegué a desesperar a los anfitriones. Porque no era capaz de tomar asiento si no me lo ofrecían ellos primero.

—Nos estábamos divirtiendo un poco —me informó Paula y, acto seguido, me mostró las palmas de las manos que se hallaban embadurnadas en pintura—, ¿verdad, Alberto?

El niño me dedicó una sonrisa de pillo, la misma sonrisa que en ocasiones exhibía Paula, y asintió enérgicamente. Me fijé en que él también tenía un poco de pintura en el moflete derecho y en la frente.

—Ya veo —musité.

Desde mi posición, eché un vistazo rápido al apartamento. Mis ojos no eran capaces de captar demasiados elementos, pero me pareció un espacio pulcro y ordenado. Minimalista, sin una decoración excesivamente recargada.

La pintora vivía con lo justo y necesario. Lo único que embellecía sus estancias eran los cuadros que ella misma creaba. Me fijé en que, al igual que yo, Paula poseía diversas plantas, distribuidas a lo largo del piso.

—¿Necesitas alguna cosa? —preguntó, amablemente—, ¿te apetece pasar?

Titubeé, un instante, antes de responderle.

—Lo cierto es que iba a pedirte que vinieras un momento a mi apartamento —dije y mi proposición no sonó todo lo convincente que a mí me hubiese gustado.

Atisbé desconcierto en la mirada de Paula.

—Me gustaría que alguien entendido en la materia me diese su opinión sobre mis trabajos —apunté para que quedase claro que mis intenciones eran puramente profesionales. No había nada romántico en aquella petición—. Y de paso cumplo con mi promesa.

—¿Tan rápido quieres deshacerte de mí? —inquirió a la vez que se cruzaba de brazos y levantaba una ceja.

El corazón se me desbocó. Me sentía tan nerviosa que no fui capaz de captar su broma.

—No es eso... —susurré.

—No lo tengo tan claro —dijo y me guiñó un ojo de manera traviesa.

Nos reímos tímidamente y el pequeño observaba a su hermana con atención. Como demandándole con la mirada que le dijera quién era yo.

—Lola, este es Alberto —dijo mientras se aproximaba al niño y posicionaba, con orgullo, las manos sobre sus hombros—, es mi hermano pequeño.

Le dediqué una sonrisa cercana y él me correspondió. Con los niños resultaba sencillo establecer una relación porque todavía no poseían decenas de capas protectoras.

—¿Te apetece que bajemos a su casa? —le preguntó a la vez que se colocaba a su altura—, va a enseñarnos algo muy chulo.

Paula se lo proponía con entusiasmo y Alberto asintió con la cabeza.

Posteriormente, el pequeño abrazó a su hermana. Le pasó los bracitos por el cuello y se entregó totalmente. Como si fuesen a despedirse por un largo periodo de tiempo.

—Le encanta abrazar —dijo, mirándome de refilón—, nos lavamos las manos y ahora bajamos.

—Estupendo —añadí—, allí nos vemos.

Mi casa estaba bastante limpia, pero, aun así, aproveché el margen de tiempo para darle unos retoques. Tiré un poco de ambientador, que despedía un relajante aroma a bosque, mientras *tornado* me perseguía. El animal me observaba como si mi comportamiento se saliese de lo común.

Tocaron el timbre. Les abrí la puerta, aún con el trapo con polvo en la mano, y se adentraron en mi sencilla, pero acogedora estancia.

Les mostré las diferentes piezas de cerámica que se hallaban distribuidas por todo el apartamento. Tropezabas con ellas en cada esquina y, también, estaban encima del mobiliario. Observaba sus rostros con nerviosismo. Lo inspeccionaban todo con interés y me pareció leer la palabra asombro en sus miradas.

—¿Cómo consigues esta tonalidad? —me preguntó Paula que contemplaba una botella ovalada.

Permanecía recubierta con matices azulados, dorados y blancos que se fundían en uno solo. Aquello le otorgaba un punto original.

—Con una mezcla —le informé y, acto seguido, me rascaba el brazo con inquietud—, luego te la puedo mostrar si quieres.

—¿Y dónde los vendes? —preguntó Alberto con inocencia.

Era la primera vez que escuchaba su melodiosa voz.

—En ningún sitio.

—Pues deberías —añadió con la sinceridad característica de los niños.

Paula rio abiertamente ante el comentario del pequeño. Me guiñó un ojo con complicidad mientras revoloteaba el pelo de su hermano. Fue un gesto cariñoso que me enterneció.

—¿Os quedáis a cenar? —les propuse.

No quería despegarme de Paula tan pronto y la presencia de aquel avispado pequeño también me alegraba. Aceptaron sin meditarlo demasiado. Era palpable que los tres conectábamos. Qué nos sentíamos a gusto juntos.

Me dirigí a la cocina, dispuesta a elaborar una jugosa tortilla española. Pelé patatas, las corté y freí. Posteriormente, batí huevos con un chorro pequeño de leche. La leche era lo que le aportaba jugosidad a la textura.

—¿De verdad que no quieres que te ayude? —me preguntó Paula nuevamente.

—No te preocupes, de verdad.

—Voy a subir un momento a mi casa —me informó—, antes dejé preparada una ensalada y podemos compartirla.

—Como quieras.

—¿Alberto, vienes?

El niño negó con la cabeza. Seguía mirando las piezas de cerámica y también las diversas plantas que decoraban mi hogar y, ante todo, mi balcón. El balcón permanecía abarrotado de ellas. Hasta había una pequeña tomatera.

Le di la última vuelta a la tortilla y me acerqué a donde el pequeño se encontraba.

—¿Te gusta? —le pregunté a la vez que me inclinaba un poco para estar a su altura.

Me sorprendió bastante su respuesta. Descubrí que, a pesar de su apariencia tímida, era bastante parlanchín e inteligente. Conocía el nombre de todas las plantas, sus beneficios y propiedades.

Me quedé pasmada, con la boca abierta. Alberto exponía sus conocimientos del mundo natural como si fuese el narrador de un documental.

Paula tocó el timbre y le abrí la puerta.

—¿Qué edad tiene tu hermano?

Aquello fue lo primero que le dije porque me hallaba bastante sorprendida.

—Doce años, ¿por qué lo preguntas?

Le narré la situación que terminaba de vivir con él y Paula sonrió. Cada poro de su piel despedía orgullo.

—Se ve todos los documentales que ponen en la televisión —me confesó—, Alberto, ¿le has contado a Lola que quieres ser de mayor?

Paula alzó la voz para que el pequeño la escuchase.

—¡Quiero ser científico! —exclamó y, acto seguido, se puso de pie de un brinco—. Me recorreré el mundo entero. Seguro que descubro alguna especie nueva que le será de ayuda a la ciencia.

El niño hablaba con entusiasmo y yo lo contemplaba con la boca abierta, impresionada. Paula puso los ojos en blanco, pero en el fondo era evidente que estaba encantada con él. A pesar de poseer una personalidad achispada y curiosa, no resultaba pedante. Se comportaba como un niño de su edad.

Nos sentamos en torno a la mesa y cenamos a la luz de las velas. Se lo propuse a Alberto y aquello le hizo mucha ilusión. Se hinchó a tortilla de patatas y a pan. Se hizo tres trozos grandes. Si nos hubiésemos descuidado, se hubiera comido media tortilla él solo. La ensalada se quedó para nosotras dos.

Paula se comportaba de manera protectora con su hermano, y me conmovió. Lo miraba con ternura mientras comía, lo corregía si masticaba con la boca abierta y le llenaba el vaso de agua cuando se le acababa.

El pequeño también conectó con *tornado* y, a escondidas, le daba trocitos de tortilla por debajo de la mesa. Me di cuenta en más de una ocasión, pero opté por hacerme la despistada.

Disfrutamos mucho de la velada. Conversamos sobre varios temas, y nos reímos libremente.

Todo era de verdad. Sin dobleces ni máscaras de felicidad fingida. Todo fluía sobre ruedas hasta que Paula recibió una llamada y el semblante le cambió.

Se apartó un poco para que no pudiésemos escucharla. En esos momentos, Alberto se encontraba en el suelo jugando con *tornado*, y yo aproveché para recoger la mesa.

No podía escucharla con claridad. Únicamente, me llegaban frases sueltas. «Sabes que le afecta mucho». «Yo prefiero que se quede conmigo». «No se trata de tenerlo en una burbuja». «Lo sé Lo sé».

Cuando Paula finalizó la conversación, percibí su estado de ánimo diferente. Sus dos luceros volvieron a fundirse y un deje de desesperación los envolvía.

—Alberto, nos subimos a casa.

—Yo quiero quedarme un poco más.

—Hazle caso a tu hermana —dije mientras me ponía los guantes para fregar—, otro día te bajas y juegas con *tornado*.

—Espera que te ayudo —dijo Paula con intención de adentrarse en la cocina.

—No hace falta, de verdad —comenté—, descansad.

Insistió una vez más y yo lo hice ver que no había mucho que recoger. Qué lo tenía todo controlado.

Cuando me quedé sola, intenté centrarme en el sonido del agua y también en los ruidos que hacían los platos, los vasos y los cubiertos mientras los fregaba. Lo intentaba con todas mis fuerzas porque me asustaba lo que estaba sintiendo. Cuando ningún estímulo exterior me distraía, el miedo se hacía más grande. Gigante, enorme y descomunal. Como el elefante dentro de la habitación. Ese que no miras, pero que no puedes negar que está ahí, acechándote.

Y es que durante la velada, en la cena a la luz de las velas y con música clásica de fondo, Paula y yo compartimos más de una intensa mirada. De esas que se te clavan, se graban a fuego, te remueven por dentro y resulta imposible olvidarlas.

Capítulo 11

Nuevamente, tuve dificultades para conciliar el sueño. Probé infusiones y productos naturales de todo tipo. Nada funcionaba. Me costaba quedarme dormida y conseguía descansar, profundamente, muy pocas horas.

Puede sonar extraño, incluso contradictorio, pero los sentimientos tan intensos que Paula despertaba en mí me atormentaban.

Lo normal hubiese sido que me hallara motivada, vibrante. Qué notase los efectos de la dopamina en el cerebro. Y no es que no los percibiera, sino que no me dejaba arrastrar por ellos. Pretendía reprimirlos, cortarlos de raíz. ¿El motivo? En esos instantes, lo desconocía. Mejor dicho, no lo quería reconocer. Porque algo dentro de mi cabeza me susurraba que todo se reducía a miedo. Estaba asustada.

Durante la semana siguiente, realicé un esfuerzo para que la inquietud interior no me impidiese impartir mis clases. Salí airoso de las lecciones en el instituto, me sumergí en mi rol de profesora sin dificultad, y creo que mis alumnos no se dieron cuenta de que me ocurría algo. Con el transcurso de los años, aprendí lo que yo denomino *el modo robot*.

Cuando entré en contacto con el mundo laboral era muy joven y sensible, todo me afectaba mucho. Tuve que hacerme de hierro para que las emociones que me empujaban desde dentro no se me notasen.

En el pasado, como todo ser humano, lo pasé muy mal. Tenía muchas dudas e inseguridades. Diversas cuestiones existenciales que me agobiaban.

Por otra parte, nunca había tenido una pareja formal, estable y duradera. Eso me hacía sentir extraña. No había conocido a ninguna chica con la que poder reírme. No había sentido las ganas de estirar el instante con alguien para que este no finalizara jamás. Aun así, las relaciones amorosas no fueron motivo de sufrimiento. Con el tiempo aprendí a no agobiarme por aquello. Conocía a varias parejas que estaban por estar. Lo suyo era como una especie de contrato para, sencillamente, no estar solos. Era palpable a la vista. Yo estaba convencida de que no quería eso para mí. Si no sentía algo verdaderamente especial, no iba a iniciar nada con nadie.

En mi juventud, otros asuntos se me hicieron más cuesta arriba. Como las crisis de identidad o la dificultad de hallar tu lugar en el mundo laboral.

En esos momentos poseía una existencia cómoda, aunque no me sintiera realizada con mi trabajo.

Era una chica independiente que realizaba su labor todo lo bien que podía. Tenía dinero en el bolsillo para mantenerme y para mis actividades de ocio. Disponía de tiempo para elaborar mis propias piezas de cerámica, aunque decidiese no mostrarlas al mundo.

El bienestar inundaba mi vida y los sentimientos que Paula despertaba en mí hacían temblar esos cimientos que tanto me costó construir. Sé que no estuvo bien, pero decidí evitarla a toda costa.

No quería sentir nada fuera de lo común. No deseaba notar las mariposas, que aleteaban con fuerza dentro de mi vientre, cada vez que la veía. Era más seguro refugiarse bajo una armadura pesada. Un lugar en el que sabes que nunca te ocurrirá nada. Nadie podía atravesarla y herirme.

El martes por la tarde me mandó un mensaje al teléfono móvil para decirme que Alberto regresaba a casa de sus padres. El pequeño quería despedirse de mí y volver a ver a *tornado*. Una

sonrisa cubrió mi rostro mientras lo leía, pero los miedos la borraron de un plumazo. Me apetecía quedar con los dos y pasarlo igual de bien que la última vez. Pero me aterraba la despedida, el momento en el que me quedaba sola y la angustia me acorralaba. También temía aquellas miradas cargadas de intención que nos dedicábamos y el terremoto que causaban en mi interior. Era más confortable para mí no sentir nada. Quedarme en el mismo sitio, inmovilizada y anestesiada. Sin riesgo, el sufrimiento no tenía cabida.

Le respondí de manera escueta, un tanto fría. Como excusa escogí que tenía demasiados trabajos pendientes de alumnos para corregir.

Transcurrieron los días y, posteriormente, las semanas. Una vez atisé la figura de Paula que se introducía en el edificio y esperé el tiempo suficiente para no tropezarme con ella. No quería que coincidiésemos en el ascensor. Cada vez que la veía, mis constantes vitales se descompensaban.

Finalmente, recibí un mensaje de Mario. Quería que nos viésemos a solas. Hacía tiempo que no pasábamos una tarde los dos juntos. Nos veíamos en la cafetería, pero hablábamos brevemente. Era evidente que lo estaba pasando mal. Aun así, siempre encontraba un hueco para gastarme alguna broma. Yo no le hacía ninguna pregunta incómoda y él tampoco mencionó nada.

Me esperaba sentado en uno de los bancos de piedra blanca que decoraban el paseo marítimo. El banco que nos gustaba y que permanecía resguardado por el árbol. Nuestro imponente y centenario árbol.

—¡Amiga! —exclamó cuando me vio y, acto seguido, me tendió un afectuoso abrazo.

Sabía que los hombres de su familia mantenían una distancia prudente con las mujeres. Pero Mario era muy cariñoso y le gustaba abrazar. Notabas como se recargaba con aquel gesto. Nos recargábamos mutuamente en realidad.

—¿Cómo estás? —le susurré al oído.

—Más animado.

Tomamos asiento y en un inicio conversamos sobre temas rutinarios y superficiales. Nos reímos con facilidad, pero yo leía en sus ojos que deseaba compartir algo conmigo, y no se decidía a hacerlo.

—¿Quieres contarme algo? —le pregunté tras un apacible silencio.

Se produjo una pausa larga entre carcajada y carcajada.

—Mis padres quieren que me case —me confesó, cabizbajo.

La mirada le temblaba. Creo que pretendía mantener las lágrimas a raya. Tragó saliva con dificultad. Como si un nudo oprimiese su garganta.

—Imagino que no con María... —dije.

Él negó con la cabeza. Toda su pose irradiaba tristeza. Tristeza y una pizca de frustración.

—Con una chica de familia católica —dijo—, el matrimonio lleva concertado varios años.

«¿Cómo antiguamente?». Aquello lo pensé, no lo dije de manera directa porque no deseaba que se enfadase.

«¿Un matrimonio concertado en pleno siglo XXI?» «¿Un matrimonio concertado en un país tan avanzado como el nuestro?». Me hervía la cabeza. Creía que aquello eran modas de épocas anteriores. Su confesión era lo último que me imaginaba. Definitivamente, la realidad superaba a la ficción.

Guardé silencio. No sabía qué hacer ni qué decir. Lo único que se me ocurrió fue darle apoyo con mi calidez y presencia.

—Les da igual que no la conozca de nada... —comentó entre resoplidos—, les importa un comino que me case con alguien a quién no quiero.

Sus palabras sonaron de forma entrecortada. Vi como detenía con rapidez una lágrima que transitaba por su pecoso moflete. Ahora no emanaba tristeza ni frustración. Cada centímetro de su piel despedía una combinación de rabia y desesperación. El interior de Mario era una montaña rusa de sentimientos y emociones. Se solapaban entre ellas.

Me aproximé a él y le tendí un beso donde la lágrima dejó su huella. El sabor salado impregnó mis labios.

—¿Qué hago, Lola? —me preguntó, agobiado—, es horrible sentir que tu vida está en manos de otros. Qué tu no pintas nada. Qué lo deciden todo por ti.

Escuchaba, pacientemente, cada palabra que decía.

—Yo quiero vivir una vida junto a María —continuó—. Estaba dispuesto a obedecer las normas de mis padres porque creía que el matrimonio era un trámite más...

Se produjo un silencio que trajo hasta nosotros el murmullo del mar.

—Entonces, apareció ella.

Vislumbré como su mirada se iluminaba cuando la mentaba.

—Ella hace que me sienta vivo —apuntó y seguidamente me miró a los ojos—, provoca sensaciones en mí que nunca pensé que experimentaría.

Como un relámpago que atraviesa un cielo encapotado. Como una estrella fugaz que ilumina el firmamento durante unos escasos segundos. La imagen de Paula acudió a mi mente cuando Mario me definió lo que María le hacía sentir.

Regresé a casa un poco apesadumbrada. No sabía cómo ayudar a mi amigo. Sentía que la situación se me escapaba de las manos. Se me escurría de entre los dedos porque me quedaba grande.

«¿Debería hablar con sus padres?» «¿Sería buena idea hacerles saber mi opinión?». Tenía la sensación de que aquello podía empeorar la situación, pero no quería mirar hacia otro lado. No era capaz de quedarme callada mientras mi amigo se lanzaba a una existencia que no quería vivir.

Mi cabeza era una vorágine de pensamientos que se detuvo cuando atisé la silueta de Paula. Esperaba en la puerta de la entrada al edificio con los brazos cruzados. Me quedé inmovilizada un instante. Cuando reparó en mi presencia, se descruzó de brazos y se aproximó hacia mí con paso tranquilo, pero seguro.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó una vez se situó a mi altura.

Tanto su mirada como su pose evidenciaban desconcierto.

Capítulo 12

—Yo... —susurró y, por primera vez desde que la conocía, leí la palabra «indecisión» en sus ojos—, siento que me evitas.

Esa última frase salió disparada de su boca. Como si cada letra que la componía la estuviese asfixiando. Necesitaba exteriorizarla y desprenderse de ella.

Me crucé automáticamente de brazos, posicionándome a la defensiva. Estaba tan tensa que no percibí como estos me presionaban la parte superior de las costillas. Pretendía cobijarme en aquella postura fría.

—Es posible —le reconocí.

Mi tono de voz denotaba indiferencia. Una indiferencia que en realidad no sentía. Mi interior me gritaba palabras que opté por ignorar. Amordacé a mis verdaderos sentimientos porque no quería exhibir mi lado más vulnerable.

Y ahí, delante de mí, estaban sus ojos. Aquellos dos luceros me observaban confusos. Eran tan sumamente hipnotizadores que tuve que hacer acopio de todo mi control mental.

Le dije la verdad porque no se me daba nada bien fingir. Mi pose era protectora y no una mera actuación. No era capaz de decirle que aquello eran imaginaciones suyas, qué no tenía ningún problema con ella. Odiaba las escenas en las que se eludía el problema principal, en las que no se hablaba con claridad. Era como maquillarlo para disimularlo un poco. Pero el problema seguía estando ahí, como el maldito elefante dentro de la habitación.

—¿Y puedo saber el motivo? —preguntó.

En su voz había firmeza, pero también me fijé en que la duda y la inseguridad se asomaban en cada frase.

—No lo tengo claro...

—O no lo quieres reconocer —apuntó, rápidamente, sin dejarme terminar la frase.

Me seguía costando mirarla a los ojos. Los desvié un instante y noté que la fría capa de hielo que me resguardaba comenzaba a resquebrajarse. Pensé que tenía que escabullirme pronto de aquella situación o Paula sería testigo del vulnerable ser humano que se agazapaba en mi interior.

—No pretendo agobiarte ni incomodarte —continuó ante la ausencia de palabras—, pero creo que sé lo que te ocurre. A mí también me ha pasado y conozco los síntomas.

—¿Y qué es lo que me ocurre? —pregunté velozmente y a la defensiva.

Mi tono de voz asemejaba de nuevo un glacial.

Únicamente, yo era capaz de notar la tormenta que me azotaba desde dentro. Había rayos, truenos y granizo que golpeaban cada uno de mis órganos. Dolía. Me estaba costando un trabajo enorme fingir neutralidad.

—Qué te aterra lo bien que te sientes cuando estás conmigo —respondió con una voz serena.

Era evidente que se hallaba segura con lo que expresaba.

—¿Por qué piensas eso? —inquirí, nuevamente, a la defensiva.

Mi pose reflejaba que tenía que ser cautelosa con ella porque no la conocía mucho.

—Porque ya no podrás refugiarte más en tu burbuja —dijo con firmeza—, tomar un riesgo conlleva sufrimiento, y tú esquivas constantemente el dolor.

Como no quería que mi frágil capa se rompiese del todo y dejase entrever al sensible ser que había dentro, crucé por su lado sin despedirme ni dedicarle ningún tipo de palabra. Sentía la voz

rota. No sería capaz de expresarme con ella. Mi actitud me delataba. Le daba la razón.

Me adentré en mi apartamento en un estado de confusión tal que no me di cuenta de la alegre bienvenida que me dedicó *tornado*. Él siempre inflaba mi ánimo, pero en ese instante no fue posible.

Paula me habló de manera clara y directa. Me mostró el verdadero motivo por el cual intentaba cortar todo lo que sentía: tenía miedo a amar, a entregarme en cuerpo y alma a una persona y resultar herida.

Tanto la armadura como el hielo, y el resto de capas protectoras con las que me cubrí, se hicieron añicos.

Lloré. Me hice un ovillo en el suelo y *tornado* se colocó cerca de mí. Aportaba calidez a mi continente antártico exterior, el cual, poco a poco, se iba deshaciendo.

Capítulo 13

Eran las cinco de la madrugada. Necesitaba que me invadiera un sueño profundo. De este modo, podría olvidarme de todas las preocupaciones que me acechaban durante el día. Mi mente asemejaba un taladro descontrolado.

Llevaba demasiadas noches seguidas sin descansar bien. Conseguía dormir muy pocas horas y aquello empezaba a pasarme factura. Tenía un dolor de cabeza punzante y constante, y me encontraba tan, sumamente, agotada que mi atención se dispersaba con facilidad.

Durante esa noche, me desperté cada dos por tres y miraba mi teléfono móvil. Vislumbré todas las horas existentes hasta que me negué a cerrar los ojos. Estaba desesperada. Tenía ganas de que amaneciese para despedirme del colchón y de las sábanas. Me dolía todo el cuerpo porque no había descansado bien. Pesadillas confusas me sobresaltaban y abría los ojos repentinamente. No tenía imágenes claras sobre lo que había soñado, pero la angustia que notaba en el pecho me decía que no eran agradables. Experimenté una especie de caos en mi cabeza. Mi respiración se hallaba un poco acelerada y eso me asustó. Decidí que no trataría de conciliar el sueño de nuevo. Me incorporé con rapidez. Un deje de furia envolvía mis gestos y movimientos. *Tornado* dormía plácidamente, hecho un ovillo, sobre mis zapatillas que reposaban a un lado de la cama.

Lo desperté cuidadosamente, acariciándole el lomo, y él levantó su grisácea cabeza. Parecía confundido. Su mirada transmitía mucho, más que las palabras de algunas personas. Si pudiese hablar me habría dicho: «¿por qué me despiertas a estas horas, *humana loca*?». Le puse la correa mientras él se sacudía, llenándolo todo con su suave pelaje. Su pelo gris parecía lana. Estiraba sus patas delanteras y traseras a la vez que bostezaba. Un bostezo largo y sonoro que me parecía adorable.

Me coloqué un abrigo grueso encima del pijama, me puse unas deportivas y salí a la calle.

Hacía bastante frío, aún quedaban unas pocas semanas para la primavera, y mi boca despedía un vahó blanco cuando la entornaba. Maldije para mis adentros no haber cubierto mi cabeza con un gorro de lana. Llevaba cinco minutos paseando y notaba mis orejas congeladas. La brisa helada se introducía por mi cuello, produciéndome constantes escalofríos. Me dirigí al paseo marítimo con paso ligero para entrar en calor.

El lugar se encontraba desierto. No había nadie allí, pero me dio igual. La inquietud interior me empujó a salir a la calle. No aguantaba más tiempo encerrada bajo aquellas cuatro paredes. Dentro de la casa todo se magnificaba. Necesitaba despejarme. Cuando llegué a una pequeña playa, flanqueada por dos espigones, vi pequeñas luces que se movían en medio de la oscuridad. Eran pescadores. Como suele suceder en los pueblos de costa, había mucha afición a la pesca.

Bajé los escalones que me conducían a la arena y le quité la correa a *tornado* para que corriese un poco. Me desprendí de las deportivas y sumergí los pies en aquellos diminutos granos grises y húmedos.

«Cuando empieza a formarse una tormenta dentro de ti, busca un estímulo exterior que la suavice un poco». Eso fue lo que me dijo mi psicóloga cuando, años atrás, decidí ir a terapia. Le hice caso. Tenía ese consejo siempre presente. De vez en cuando, mantenía una sesión presencial con ella. Pero las habíamos dilatado en el tiempo. No era necesario que fuese una vez a la semana, aunque últimamente me rondaba la idea de llamarla.

Sentí una sensación apacible cuando mis pies rozaron la arena. Caminaba de manera ligera

sobre ella. Los noté libres y aquella maravillosa experiencia sensorial se extendió al resto de mi cuerpo. Cerré un instante los ojos con el objetivo de olvidarme de todo.

Observé como *tornado* corría de un extremo al otro de la playa. Parecía una pelota de tenis descontrolada. La mirada le brillaba de emoción y su semblante adquirió un deje de locura. Sonreí a la vez que lo contemplaba.

Llevaba unos cuantos días desanimada. Hacía mucho tiempo que no me encontraba de esa manera. Sentía que me estaba desequilibrando por dentro. Necesitaba ir a casa de mis padres y refugiarme en sus brazos y en los de mi abuelo. Estabilidad era la palabra que había definido mi vida estos últimos años. Lo controlaba y lo medía todo. Calculaba hasta el más insignificante detalle para que las cosas saliesen perfectas, como yo quería. Me encontraba bien conmigo misma, equilibrada. Pero apareció Paula e introdujo un sentimiento en mi vida que resultaba novedoso para mí. No tenía ni idea de que era aquello y cómo debía gestionarlo.

Nunca he practicado *puenting*, ni ningún deporte de riesgo, pero me hallaba convencida de que lo que sentía se asemejaba a eso. Una inevitable sensación de vértigo. Un riesgo que tomas. Eres consciente de que puedes acabar estrellándote contra el suelo, rota en miles de trozos. Trozos tan pequeños que posteriormente te será muy complicado recomponerte, y, si lo consigues, sabes que nunca volverás a ser la misma persona.

La persiana de Paula llevaba días bajada. Como si allí nunca hubiese vivido nadie. Cuando la chica abandonaba eventualmente el edificio, tenía la sensación de que me la había inventado. Qué aquella bonita historia había sido una alucinación mía. Un sueño del que había despertado repentinamente.

«No creo que haya dejado su apartamento», pensé mientras me aventuraba a mojarme los pies en la orilla. «Supongo que antes se hubiese despedido de mí, aunque mi comportamiento no fue el más apropiado».

Me subí el pantalón del pijama y entré en contacto con el agua. Estaba congelada y di un respingo. «Perfecto», me dije. Aquello no me permitiría pensar. Bloquearía mis pensamientos y preocupaciones, aunque solo lo hiciera durante un breve periodo de tiempo.

Posteriormente, corrí con *tornado* para entrar en calor. Corrí tanto que sudé. Le puse empeño en la tarea para volver a sentirme como antes de conocer a Paula. Pero ella había supuesto un antes y un después en mi vida. Una señal de que debía pasar al siguiente nivel.

El molde en el que me cobijaba se había vuelto pequeño e incómodo. Aunque fuese difícil, debía de romperlo, al igual que la mariposa se libera de su envoltura y continúa libremente con su vuelo.

Me quedé en la pequeña playa hasta que amaneció. Quería ver al imponente astro rey. Como aquella esfera anaranjada surcaba el firmamento para iluminar nuestros días. Parecía que tenía su tarea clara. La estrella lo tiñó todo de un sugestivo color ámbar. Pude ver con más claridad la silueta de los pescadores. Se hallaban sentados, frente a sus cañas de pesca, a lo largo del espigón. Sus poses radiaban paciencia.

Regresé a casa, descalza y con la imperiosa necesidad de ducharme con agua caliente.

Antes de introducirme en el edificio, alcé mi mirada para vislumbrar la ventana de Paula. La persiana seguía misteriosamente bajada.

Capítulo 14

Los días se deslizaron con lentitud, monótonos, y la luz regresó a la ventana de Paula. Sentí un alivio inmediato. Mis temores no se habían hecho realidad. Descubrí que no había abandonado el edificio sin despedirse. Aquello fue lo que más temí. Tomé la decisión de no evitarla más. Quería comportarme con naturalidad.

Desde que tuvimos aquel incómodo encuentro en la entrada del edificio, en el que me dijo lo que pensaba de mí, no la había vuelto a ver. No tropecé con ella en el ascensor ni en ninguna otra zona común.

A pesar de que cada vez que me introducía en el aparato eléctrico, mi interior lo gritaba. Lo deseaba. Quería quedarme de nuevo a solas con ella y que ambas diésemos rienda suelta a nuestros impulsos naturales. Necesitaba desatarme, deshacerme de mis miedos. Esos que me mantenían dentro de una prisión invisible y no me dejaban hacer lo que realmente quería.

En más de una ocasión, medité seriamente subir las escaleras y tocarle el timbre. Una vez estuve al punto, y llegué a salir de mi vivienda. Pero mis temores se intensificaron, innumerables escenas catastróficas inundaron mi mente, y finalmente me introduje en la casa de nuevo.

Tornado seguía mis incoherentes movimientos con atención. Giraba la cabeza hacia un lado y hacia otro mientras me observaba. Como si quisiese comprender mi extraño comportamiento.

La primavera se iba instalando, poco a poco, en *Castillo del Rey*. El tiempo era inestable y no sabías qué ropa ponerte para salir a la calle. Durante aquella época del año, en el mismo día, vislumbrabas a personas vestidas de forma muy dispar. Algunos llevaban un chaquetón y otros optaban por una camiseta de tirantes. En una mañana llovía, salía el sol y hacía viento. En ocasiones, los fenómenos meteorológicos se sucedían al mismo tiempo.

Yo seguía con mi vida como si nada hubiese pasado. Hacía planes con mis amigos y frecuentaba los mismos ambientes culturales. Visitaba exposiciones, acudía a presentaciones de libros, iba al teatro y también a conciertos de música clásica. El mundo cultural me estimulaba.

Me encontré con Alicia en alguna ocasión y hablamos brevemente. En un museo de arte abstracto me presentó a una amiga suya. Era el mismo retrato de ella e imaginé que también tendría la chica características mías. Porque a Alicia le atraían personas meticulosas, ordenadas y perfeccionistas.

A pesar de que mi vida se deslizaba, los momentos vividos con Paula eran como un eco de fondo. Se encontraban siempre presentes y adquirían fuerza en cualquier insignificante momento de mi rutina diaria.

No lo retrasé más y, finalmente, llamé a mi psicóloga por teléfono. Quería saber qué significaba aquello que sentía. Necesitaba a alguien que me ayudase a derribar muros que sólo existían en mi cabeza. Concerté una cita con ella.

—¿Es como una alarma, verdad? —me preguntó con aquella voz dulce y apacible que adormecía mis nervios.

Su tono de voz era reconfortante como un mar en calma.

Me hallaba en la consulta de la profesional. Yo permanecía sentada en un incómodo sofá blanco. De esos que hacen un ruido desagradable cuando te sientas, y te dejan un dolor de trasero que percibes cuando te levantas.

Ella estaba sentada enfrente de su escritorio y me contemplaba a través de sus amplias gafas de pasta negra.

—Exacto —admití y noté como todo mi cuerpo temblaba. Me pasaba siempre que hablaba de mis problemas y desnudaba mi alma. Como si estuviese experimentando una especie de catarsis —. No logro olvidarme de ella, y no la conozco de nada.

—¿Y por qué «necesitas» olvidarte de ella? —inquirió con la intención de que yo misma respondiese a esa pregunta con total sinceridad.

Fue como una jarra de agua fría que me paralizó. El énfasis que puso en la palabra *necesitas* me sobrecogió. Soy consciente de que todo mi semblante cambió de manera repentina.

Mi psicóloga, cuyo nombre era Eva, me contemplaba directamente, esperando una respuesta que no llegaba.

Desvié la vista hacia la derecha y vislumbré el amplio cuadro que adornaba la pared. Había un bosque dibujado con suma minuciosidad. Se percibía el río, una cascada, los diferentes tipos de plantas y la silueta de las montañas en la lejanía. Aportaba tranquilidad. Intuí que aquel era un regalo de algún antiguo paciente.

—¿Te da miedo lo que provoca en ti? —preguntó Eva ante mi ausencia de respuesta.

Dio en el clavo y en su rostro se dibujó una sonrisa empática. Eva era una especialista de la conducta humana, y aquello la convertía en una maldita adivina. Era como si poseyese el don de leer cada uno de mis pensamientos. Sabía formular las preguntas para que fuesen directas al centro de mi alma.

—Eso es —logré articular en un hilo de voz y las lágrimas irrumpieron súbitamente sobre mis ojos.

Cogí un pañuelo de la caja de cartón que reposaba frente a mí y me soné la nariz. El papel olía a chicle de fresa. Emití un sonido demasiado fuerte. Yo siempre intentaba sonarme cuando me encontraba sola, por educación, pero allí dentro no tenía más remedio que hacerlo delante de ella.

—Cuando anhelamos *algo*, en ocasiones, el miedo nos paraliza —dijo y, acto seguido, hizo una pequeña pausa para beber agua—. Tenemos miedo a sufrir, a que nos hagan daño y a no poder recuperarnos. Una larga sucesión de situaciones futuras, muy catastróficas, se apoderan de nuestra mente.

La escuchaba con atención y asentía cada vez que acababa una frase.

—Sin embargo... —prosiguió—, ocurre que no estamos en paz con nosotros mismos hasta que nos atrevemos a vencer el miedo, y comprobamos que lo que en nuestra cabeza acontecía poco se asemeja a la realidad.

Conversé con Eva un largo rato. Se quedó más tiempo conmigo que el estrictamente necesario y agradecí su humanidad. Llevaba mucho tiempo sin verla. No intuía que guardaba tantas cosas dentro de mí hasta que me senté en aquel fastidioso sofá.

Cuando abandoné la consulta, me hallaba rota. Me pasaba muchas veces porque en esa pequeña estancia afluía todo lo que me producía dolor. No podía ignorarlo, como pretendía en el día a día. No podía enmascararlo con planes continuos. Me di cuenta de que intentaba

permanecer ocupada todo el tiempo. Pero allí no podía distraerme con tonterías. Había que mirarlo de frente, a los ojos con valentía, y ponerle nombre y apellidos.

Me dirigí a la cafetería de Mario. Necesitaba algo de chocolate y las ingeniosas ocurrencias de mi amigo. Aquello suponía una ración extra de serotonina.

No había mucha gente dentro del establecimiento. Mario parecía más animado. Me confesó días atrás que seguía viéndose con María a escondidas. A mí me parecía extraño que ya no estuviese preocupado por su compromiso inmediato.

Mi amigo tomó asiento a mi lado porque percibió mi ánimo apagado. Le hablé de Paula abiertamente y sentí que me quitaba de encima un traje pedregoso y pesado.

—Tú no tienes ninguna responsabilidad que te impida empezar una relación con ella —dijo con una seguridad desbordante.

Por la manera en la que me hablaba, parecía que estaba enfadado conmigo porque me complicaba la vida sin ningún motivo de peso. Pero sé que en el fondo intentaba animarme, motivarme a dar el paso que tanto miedo me daba.

—A mí también me asustaba lo que siento por María. Lo negaba y reprimía —continuó—, pero es que cuando el amor te alcanza es inevitable, no lo puedes detener.

Lo miré detenidamente a los ojos.

—Es como intentar frenar un *tsunami* con un frágil muro de arena —concluyó con un deje de tristeza en la mirada.

Capítulo 15

Finalmente, pulsé el número tres en el ascensor. Toqué el timbre, pero no obtuve respuesta. «O no está en casa o no le apetece verme», pensé. Antes de adentrarme en mi apartamento, salí a la calle y me aseguré de que su persiana estuviese subida. Lo estaba, aunque no vi ninguna luz que me indicara que se encontraba dentro. Decidí que la visitaría en otro momento.

Una intuición me empujó hasta el paseo marítimo. Paula me confesó una vez que disfrutaba dibujando atardeceres. Qué aquel era su momento favorito del día. Me dijo que tenía pendiente instalarse con su cuaderno en el espigón y plasmar su imponente belleza azafranada.

No me equivoqué. Efectivamente, ahí estaba. Como si de alguna forma invisible estuviésemos conectadas. Mi intuición no me había engañado. Ella permanecía sentada con las piernas cruzadas sobre las rocas. Contemplaba el descenso de aquella esfera anaranjada con el cuaderno de dibujo sobre su regazo.

Una brisa vespertina agitó su cabello y con su mano derecha retiró el mechón que se había introducido en su boca.

Aquella escena emanaba tanta paz que no me atreví a acercarme. No quería sacarla de ese estado. Así que me quedé en medio del paseo marítimo como si fuese una estatua. Seguro que mosqueé a algún viandante.

Mientras meditaba qué debía hacer y decirle, Paula, como si intuyese mi presencia en la lejanía o mis ojos clavados en ella, giró su semblante y me vio. Su expresión cambió. Me di cuenta de que reprimió un amago de sonrisa. Era evidente que se había alegrado de verme. Yo le sonreí y levanté la mano para saludarla.

La chica dejó su cuaderno a un lado, en el suelo, y se incorporó. Me dirigí hacia ella con paso prudente.

—Hola —saludé una vez hube llegado a su altura.

—Hola —susurró y, acto seguido, me miró a los ojos detenidamente.

Veía de nuevo el cosmos en el fondo de su mirada. Sus ojos eran como un universo en expansión. A veces, reflejaban un caos inexplicable y otras una armonía sobrecogedora. Si prestaba atención podía dilucidar planetas y estrellas en aquel iris azul.

Mi corazón me golpeaba el pecho con fuerza. Aquel músculo cogió una velocidad que me asustó. Como si se sintiera atrapado y quisiese liberarse.

—Quería decirte... —logré articular mientras me frotaba el brazo izquierdo con la mano derecha.

Cuando me ponía nerviosa, mis gestos reflejaban mi inquietud interior.

—Dime —me animó.

Esbozó una sonrisa cercana que me tranquilizó al instante. Aquello reflejaba que la chica empatizaba con lo que yo estaba sintiendo.

—Tenías razón en lo que me dijiste.

Me armé de valor y admití mi equivocación delante de ella. Soné convincente, con más firmeza, ya que una voz interior me impulsaba a que fuese valiente.

—Siempre la tengo —apuntó Paula con su característico matiz burlón.

Intentaba quitarle importancia al asunto y me guiñó un ojo con complicidad.

Puse los ojos en blanco y ambas reímos abiertamente.

—Tómame enserio —dije en un hilo de voz.

Sé que a mi amplia sonrisa se le sumó mi tez colorada. Me hallaba bastante sofocada. La mirada nos brillaba a ambas porque vi mi vulnerable reflejo en sus dos luceros azules.

—Siento haberme mostrado tan fría —me disculpé.

—Yo...

Paula abrió la boca para decir algo. Únicamente, me llegó ese frágil «yo». Antes de que terminara la frase, un impulso se apoderó de mí.

En un gesto espontáneo e inesperado para las dos, la besé. La besé dulce y tiernamente, y ella no se resistió. Sus brazos se aflojaron. Se soltaron y relajaron al igual que el resto de músculos de su cuerpo. Como si aquel beso tuviese un efecto sedante para ella. Yo posé mis manos en su rostro. Tenía la piel aterciopelada al igual que el melocotón.

Me distancié de ella lentamente. La tonalidad ambarina le favorecía. Resaltaba sus facciones.

—Me gustas mucho —musité, como si temiera que la brisa marina pudiese escucharnos.

En aquel momento, Paula, que siempre se mostraba segura, rebelde y despreocupada, se me antojó vulnerable, envuelta en un halo de timidez. Parecía una quinceañera que experimentaba por primera vez.

Entonces, sus mofletes adquirieron un tono carmín que era más propio de mí.

Capítulo 16

Paula y yo nos veíamos prácticamente todos los días. Disfrutábamos del tiempo que pasábamos juntas, aprendíamos la una de la otra y no teníamos prisa para absolutamente nada. Conectábamos de forma irremediable. Pensábamos las mismas cosas.

En ocasiones, una simple mirada era suficiente para que nos entrase la risa. Una mirada que iba acompañada de un intenso aleteo en la boca del estómago. Nunca había experimentado nada parecido. Aquello simulaba magia.

En muchos de los instantes que compartía con ella, tenía la sensación de que me sumergía en una especie de paraíso. Como si nuestros cuerpos siguieran anclados a este mundo físico, pero el alma trascendiera, momentáneamente, a otro lugar. Era algo místico que no se puede plasmar con palabras.

Transcurrieron las semanas y habíamos hecho prácticamente de todo. Fuimos a cenar en varias ocasiones, ambas éramos amantes de la buena gastronomía y siempre estábamos al acecho de nuevos restaurantes.

Acudíamos al cine para posteriormente comentar la película con un cóctel de frutas entre las manos.

En ese corto periodo de tiempo, también hicimos una excursión improvisada. Me convenció para que nos adentrásemos salvajemente en la sierra, y pasé uno de los días más espontáneos y maravillosos de mi vida. Caminamos sin descanso hasta que aterrizamos en una especie de piscina natural. Nos bañamos en su agua helada y concluimos el chapuzón con un beso apasionado que contrarrestaba las bajas temperaturas.

Parecía que tuviésemos diecisiete años y estuviéramos experimentando un fugaz e intenso amor de verano.

Una noche me llevó a un concierto de música *rock*, me presentó a unos amigos y saqué mi lado más alocado. Entre brincos y alcohol llegamos a casa a las siete de la mañana. Yo era de las que no tenían aguante, y pronto abandonaba la fiesta. Siempre prefería mi camita, una infusión caliente y un buen libro. Pero aquella velada fluí con el instante como un río.

Cogimos un taxi porque íbamos bastante perjudicadas. Bromeamos con el hombre que nos llevó a casa, el cual no hizo caso de nuestro carácter achispado. Debía de estar acostumbrado. Entre carcajadas, y tumbos, nos introdujimos en el ascensor. Teníamos el rostro colorado y seguíamos riéndonos por tonterías. Llegó un momento en el que ni sabíamos el verdadero motivo de nuestra risa.

Paula se equivocó y apretó el número cuatro en el ascensor. El aparato eléctrico nos conducía hacia la azotea. Volvimos a reírnos abiertamente. Parecíamos dos quinceañeras desatadas que experimentaban con la bebida por primera vez.

Mientras el elevador realizaba su trayecto ajeno a nuestras locuras, Paula y yo nos miramos a los ojos detenidamente. Las risas, y nuestra respiración acelerada, fueron menguando. El mismo impulso, a modo de relámpago, se apoderó de las dos. Nos abalanzamos la una sobre la otra. Nos

besábamos ardientemente, los alientos cálidos se entremezclaban, al mismo tiempo que nos despojábamos de la ropa.

—Espera... espera... —le susurré mientras, poniendo mis manos sobre sus hombros, la distanciaba suavemente.

—¿Qué ocurre? —inquirió, con la mirada algo aturdida.

Paula tenía los labios inflamados, yo no podía parar de mirarlos.

—Bueno, da igual... —musité mientras la besaba de nuevo.

Al mismo tiempo que acontecía la ardiente escena, nuestro estado nos impedía discernir si el ascensor se encontraba estacionado o en marcha.

—Uf... —gimió Paula mientras le recorría el cuello con la lengua—. Lo mejor es que paremos.

—¿Tú quieres? —le pregunté a la vez que le mordisqueaba el cuello.

—No —respondió, sosteniendo mi rostro entre sus manos para detenerme—, pero estamos borrachas y quiero acordarme de cómo fue nuestra primera vez.

Recobré la compostura, ambas lo hicimos. Me abrochaba los botones de la blusa blanca a la vez que veía como ella se subía la cremallera de su chupa de cuero.

—Tienes razón —dije.

Aún no nos habíamos entregado la una a la otra. Nos habíamos besado y nos habíamos acariciado, pero siempre con la vestimenta puesta.

Paula tenía el pintalabios corrido y un espejo que se encontraba en una de las paredes del ascensor me devolvió mi reflejo. Al igual que ella, el carmín decoraba el contorno de mis labios. Mi aspecto me alarmó un poco porque el cristal me devolvía una imagen salvaje, instintiva. Una faceta que desconocía de mi misma.

—Antes cuando te he parado... —dije—, era por el mismo motivo.

Paula sonrió. Ya no arrastrábamos las palabras, estábamos más serenas, pero nuestro estado seguía siendo confuso, nuboso.

—Creo que merecemos que ese momento sea más memorable —apuntó.

—Estoy de acuerdo.

Salimos del ascensor. Nos encontrábamos en el cuarto piso. Descendimos las escaleras y cuando llegamos a su puerta le di un beso de despedida. Sentía un cosquilleo en los labios. Una especie de hormigueo que se calmaba cuando la besaba. Sin embargo, el fuego que recorría mi sangre me impedía frenar ese acto.

—Será mejor que paremos —susurré mientras me distanciaba.

—Creo que sí.

Se introdujo en su vivienda y regresé a mi apartamento. *Tornado* me dedicó una de sus alegres bienvenidas y me senté en el suelo para jugar un rato con él. En mi estado no me sería sencillo quedarme dormida. Además, debía pasear a *tornado* antes de meterme entre las sabanas. Ya era de día.

Entre juego y juego me tumbé en el suelo. Contemplaba el blanquecino techo y las grietas que lo componían. Una sonrisa alelada se dibujó en mi rostro.

Era consciente de que me había enamorado. Me quedé dormida con la imagen de Paula que deambulaba por mi mente a su antojo.

Capítulo 17

—Parece que tengas una jaula con grillos dentro del estómago —dijo mi abuelo Ramón cuando nos quedamos a solas.

Paseábamos por un sendero flanqueado por árboles y me detuve en seco. Lo contemplé de manera desconcertada. Llevábamos unos minutos caminando en silencio y, de repente, me soltó aquella frase.

—No me mires así —dijo a la vez que esbozaba una sonrisa traviesa—, nunca has estado tan «viva» como ahora.

Acentuó la palabra «viva», la pronunció con más fuerza que el resto. No pude reprimirme y sonreí.

Habíamos ido Paula y yo unos cuatro días a la casa de mis padres. Fueron cuatro días relajantes, de desconexión, que nos vinieron muy bien a las dos.

El verano se aproximaba, estaba a la vuelta de la esquina, y el clima iba mejorando. Todavía no hacía esa clase de calor pegajosa e inaguantable, pero la ropa de abrigo molestaba.

Paseamos por los innumerables senderos que había por la sierra. Nos adentramos por recovecos inexplorados. Yo siempre había sido muy miedosa, pero la personalidad espontánea de Paula me empujaba a desprenderme de aquellos miedos. Una vez nos sorprendió la lluvia y eché a correr velozmente.

—¿Pero por qué corres? —me gritó.

—¡Está lloviendo! —exclamé a la vez que llevaba las manos al cielo. Le respondí como si aquello fuese algo indiscutible. Pensé que me formulaba una especie de pregunta retórica.

—¿Y eso es malo? —inquirió con su habitual despreocupación.

Me detuve y contemplé como abría sus brazos en cruz, inclinaba la cabeza hacia atrás y sacaba la lengua para saborear las gruesas gotas de lluvia.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunté con extrañeza al mismo tiempo que me aproximaba hacia ella.

—Relájate y siéntela —murmuró con una expresión de gozo que se extendía a cada poro de su cuerpo.

Miré nuevamente el cielo. Las nubes negras advertían que, de un momento a otro, la lluvia adquiriría una velocidad extrema.

Pero le hice caso a Paula y me olvidé de mis prejuicios y preocupaciones. Con lentitud imité su postura y cerré los ojos. Me abandoné al sonido de la lluvia, al tacto del agua sobre mi rostro y lengua. Fue un momento maravilloso e inexplicable. Un instante en el que me fundí con la naturaleza. Sentí que formaba parte de un todo armonioso.

Cuando menos me lo esperaba, Paula posó sus tiernos labios sobre los míos. Me aportó calidez y me abandoné a las sensaciones. Me enredé en su cabello y me deslicé en la suave textura que tenía su piel. Perdimos la noción del tiempo. Nos besamos intensamente, envueltas por una eléctrica tormenta de primavera, a la vez que explorábamos nuestros vibrantes cuerpos.

A veces, realizábamos esas excursiones solas. Otras, acompañadas por miembros de mi familia o por los perros.

Horneamos pan, bizcocho y magdalenas. Recogimos fruta y verdura del huerto y nos llenamos la ropa de tierra. Nos dimos largos baños en la piscina y mi madre nos preparaba helado de chocolate y avellana casero para merendar. Lo degustábamos en bikini, a la vez que contemplábamos el paisaje arbolado, sentadas en el borde de la piscina y con los pies a remojo.

También fuimos al pueblo y deambulamos sin rumbo por sus estrechas y empedradas callejuelas. Nos besábamos a escondidas, en el interior de los portales, para que ningún lugareño nos viese dar rienda suelta a nuestra pasión.

Nos introdujimos en el bar del pueblo y jugamos al billar y a la diana con una botella de cerveza, bien fresquita, como compañía. Nos picamos y nos peleamos, pero también nos reconciliamos entre besos y caricias.

Comimos pipas, chucherías y palomitas en un banco de la glorieta del pueblo. Les dimos pan a las palomas en esa glorieta que permanecía colmada de árboles y de excrementos de estos mismos animales. Todos los bancos se hallaban repletos de caca seca de paloma. Resultaba imposible encontrar uno en el que pudieras sentarte con tranquilidad.

Conversamos con los habitantes sobre el tiempo y las fiestas del municipio que estaban a la vuelta de la esquina.

Fueron días realmente mágicos en los que nos dimos cuenta de que encajábamos a la perfección. Me sentí como si tuviera de nuevo quince años. Esa sensación de incertidumbre que se enciende dentro de ti, como si de una bombilla se tratara, había regresado.

Sabía a qué se refería mi abuelo cuando me decía que parecía que portaba una jaula de grillos dentro de mí. Hacía tiempo que no me veía tan alegre y achispada. La rutina de la vida cotidiana había apagado en parte a mi niña interior. Pero con Paula la sacaba de manera inconsciente y mis seres queridos se habían dado cuenta.

Mientras mi abuelo y yo paseábamos por el sendero, Paula jugaba con los perros y mis padres se echaban una siesta breve.

—Me gusta el brillo de tu mirada —añadió mi abuelo y yo me sonrojé un poco más—. Elige a una persona que te haga sentir «viva». No te conformes con menos.

Una bandada de pájaros formaba una «v», y sobrevolaba nuestro pueblo. En aquel instante el cielo permanecía repleto de nubes. Parecían algodones gigantes de diversas formas.

Le sostuve el brazo a mi abuelo y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Gracias —musité.

—¿Por qué me las das? —preguntó a la vez que emitía una sonora risotada.

—Porque no tienes prejuicios y lo único que te importa es que yo sea feliz —le respondí con sinceridad—, mis sueños nunca te han parecido una locura, ni tampoco te asustaste cuando te dije que me gustaban las mujeres.

—Tu predilección por las películas de la misma actriz me dio una pista —añadió burlonamente y ambos reímos.

Me encontraba tan animada que gané seguridad en mí misma. Saqué fuerzas y llamé al dueño del local que se alquilaba. Quería que poco a poco aquello dejase de ser una fantasía y se convirtiera

en una realidad. Aproveché un rato en el que me quedé sola en la casa de campo y lo hice. Necesitaba verlo detenidamente por dentro e informarme de todo lo imprescindible. Quería montar mi propio negocio. Cada vez me hallaba más decidida. El hombre que atendió mi llamada se mostró amable y cordial. Su tono de voz revelaba que debía de tener unos sesenta años de edad. Concertamos una cita para el sábado siguiente.

Cuando la llamada finalizó me temblaban las piernas y las manos. El corazón se me había precipitado y una euforia repentina se adueñó de mi interior.

Se lo comuniqué a mi familia y a Paula mientras cenábamos y todos me felicitaron y animaron con mi futuro proyecto.

Asombrosamente, Paula y yo no estábamos cansadas cuando regresamos al pueblo. Durante el trayecto de vuelta en coche, estuvimos cantando a viva voz las canciones que reproducían en la radio. También paramos en una gasolinera y nos dio un antojo de dulce a la vez. Compramos galletas de chocolate, helado de vainilla, un bizcocho marmolado, chokolatinas de diversos sabores e infinidad de dulces. Me empacho únicamente al recordarlo.

Nos desviamos de la ruta porque quería enseñarme un lago que quedaba cerca del lugar, y lo cierto es que valió la pena. El paisaje impactaba a la vista. Nos introdujimos por un sendero que había en medio de la sierra y caminamos hasta llegar a un embarcadero. El lago era redondo y perfecto. Parecía un espejo que reflejaba la silueta de los árboles que lo envolvían. Volcamos la bolsa repleta de dulces sobre las tablas de madera y comimos. Saboreamos cada bocado mientras contemplábamos el atardecer.

Nos adentramos en el pueblo y reíamos a carcajadas. Recordábamos anécdotas vividas durante el viaje todo el rato. Cuando aparcaba el coche, atisé a Mario que estaba sentado en el portal. Él se encargaba de *tornado* y también de mis múltiples plantas. Su semblante me dio mala espina. Miraba un punto fijo en el suelo, pero sus ojos estaban ausentes. Parecía perdido entre sus agitados pensamientos. Ni siquiera reparó en que estaba estacionando el coche delante de él.

Salimos del vehículo, Mario alzó su semblante y me dedicó una sonrisa impuesta, forzada. Se levantó y nos saludó a las dos. Hablamos brevemente del viaje. Paula se despidió porque intuía que el chico quería charlar conmigo a solas.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando Paula se adentró en el edificio.

—Ahí voy.

—¿Por qué no me has esperado en casa?

—Porque la casa se me viene encima —respondió—, necesitaba el aire exterior.

Una tonalidad ceniza bordeaba sus ojos. Como si llevase una temporada larga sin descansar.

—¿Te apetece que vayamos a dar una vuelta? —le ofrecí amistosamente.

—Me vendría genial —dijo con ilusión—, pero estarás agotada del viaje.

—Para nada —comenté—, dejo la mochila en casa y ahora bajo.

Fuimos directamente al paseo marítimo. Las vistas y el murmullo del mar eran un bálsamo para la intranquilidad. Paseamos en silencio y aterrizamos en nuestro banco. Nuestro refugio

predilecto que permanecía resguardado por aquel imponente árbol.

—¿Cómo va la cosa con tus padres? —le pregunté cuidadosamente.

—Fría —respondió—, es el adjetivo que mejor define mi situación con ellos.

—¿Y con María?

Nada más pronunciar su nombre rompió a llorar. Me aproximé a él rápidamente y lo abracé con delicadeza.

—Ey —susurré en su oído—, esto también pasará.

Estuvimos en aquella postura un rato largo. Las palabras nos estorbaban.

—¿Sabes? —inquirió Mario, distanciándose—, he bautizado a nuestro árbol.

Lo miré extrañada. Se comportaba de una forma un poco rara y temí que estuviese perdiendo la cabeza por todo aquel asunto.

—¿Ah, sí? —dije.

Fingí sorpresa e interés por averiguar el nombre.

—Creo que le pega *titán* debido a su altura —dijo mientras inclinaba la cabeza para contemplarlo mejor.

—¿Titán? Suena bien —comenté con sinceridad— me gusta.

—No lo olvides, ¿vale? —me suplicó mirándome a los ojos directamente.

Me miró de una forma profunda e intensa. Como si quisiera traspasarme pensamientos que no podía decir en voz alta.

—Mario, me preocupas.

El negó con la cabeza y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Finalmente, encontré la manera de ser feliz —confesó y volví a mirarlo con extrañeza.

Me despedí de él y prometimos vernos pronto. Caminé hacia casa con una mala sensación en el cuerpo. Aquella escena sonó a despedida. Tenía un horrible presentimiento. Le mandé un mensaje rápido a Mario para que supiera que podía contar conmigo a cualquier hora del día. Me mandó un par de besos y un guiño de ojo que me tranquilizó un poco.

Cuando regresé a mi apartamento, atisbé la persiana de Paula bajada. Tenía un mensaje suyo que decía: «He tenido que ausentarme rápidamente por un asunto familiar. No te preocupes que está todo bien».

—Qué complicado que es todo —susurré con desánimo a la vez que me introducía en mi vivienda.

Capítulo 18

No me quitaba a Mario de la cabeza. Le envié varios mensajes, pero ninguno le llegaba. Había tenido una semana muy intensa en el instituto. Quedaban pocas semanas para que finalizaran las clases. Tenía que corregir montones de exámenes y de trabajos que parecían no agotarse nunca. Discutía con alumnos que no estaban de acuerdo con la nota que les había puesto. Además, dos compañeros estaban de baja laboral y el trabajo se había triplicado en la institución de enseñanza. Tuve que encargarme de tareas que hacía por primera vez y me sentía muy estresada. Notaba que me estaba quedando sin energía. Mis pilas se hallaban completamente desgastadas.

Una noche, después de pasear a *tornado*, comprobé el móvil de nuevo. No había señales de vida de Mario. Por lo tanto, decidí llamarlo. Saltó el buzón de voz.

—Lo tiene apagado el muy... —murmuré como si aquello fuese una maldición.

Me quedé contemplando la brillante pantalla. No entendía su comportamiento. Nada justificaba su repentina ausencia. Me estaba haciendo padecer. Mi enfado se intensificaba por momentos. Mi interior asemejaba un volcán a punto de entrar en erupción. Pero en vez de lava expulsaría grandes dosis de rabia. Pensé que cuando lo tuviese delante de mí, le diría cuatro cosas bien dichas.

—¡Este se entera! —grité mientras estampaba el móvil contra el colchón.

Tornado, el cual nunca me había visto tan enfadada, caminó, sigilosamente y con el rabo entre las piernas, hasta el salón. Pretendía esconderse y se hizo un ovillo detrás de una amplia maceta.

Se me habían juntado muchas cosas y, finalmente, estallé. Pocas veces en mi vida perdí los estribos de aquella manera.

Por una parte, estaba el tema de Mario. Me sacaba de quicio que hubiese desaparecido de mi vida sin más. Por otra parte, tenía un exceso de trabajo que no me permitió pasarme por la cafetería para preguntarles a sus padres por él.

Luego, como no, estaba Paula. Llevaba fuera casi una semana. La notaba fría y distante cuando hablábamos por teléfono. De igual modo, sus mensajes eran demasiado breves y carecían de emoción.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —le pregunté, con voz desesperada, una tarde en la que le hice una llamada.

—Me cuesta hablar del tema —respondió y la percibí apagada—, por favor, respétalo.

—Pero ahora somos...

No me atreví a pronunciar la palabra «pareja» porque todavía no le pusimos nombre a nuestra relación.

—Lola, tú me importas —susurró en un hilo de voz—, pero me resulta imposible disimular el dolor.

—Si quieres que vaya...

—No —respondió de forma tajante—. Es mejor que esté sola con mi familia.

—No lo entiendo —dije tras un prolongado silencio.

Acto seguido emití un resoplido cargado de resignación.

—¿Qué no entiendes?

Su tono de voz reflejaba cansancio.

—Qué no cuentas conmigo en un momento así.

Las lágrimas irrumpieron en mis ojos. Contemplé mi reflejo en el cristal de la ventana y vi que la mirada me temblaba. Los huesos de mi rostro sujetaban mi pálido cutis. Mi aspecto era cadavérico. Parecía que llevaba uno de esos disfraces de esqueleto que los niños lucen durante la festividad de *Halloween*.

Había perdido peso porque últimamente no me alimentaba bien. Al medio día, no tenía tiempo de sentarme y comer con tranquilidad, y por la noche mi estómago se cerraba como si de una caja fuerte se tratara.

Paula no dijo nada y yo no quise presionarla. Nos despedimos con un adiós que sonó lejano. Notaba su alma cautiva. No desprendía la chispa a la que me tenía acostumbrada. Sentía que había estado hablando por teléfono con una persona completamente diferente.

Comprendía su tristeza. No podemos mostrarnos alegres todo el tiempo. Pero no entendía que no contase conmigo en un momento complicado para ella. «¿Qué tiene que ocultar?», pensé, y aquel pensamiento me provocó tal angustia que lo deseché de inmediato.

—Era demasiado bonito para ser verdad —musité cuando colgué.

Hacía referencia a mi vida con esa frase que pronuncié. Comenzaba a despedir brillo y, de un instante a otro, la envolvía un manto de oscuridad. Era como si nunca pudieses relajarte ni dar nada por sentado. Cuando menos te lo esperas, la vida te usurpa lo que tanto aprecias.

El sábado por la mañana había quedado con el dueño del local, pero primero me dirigí a la cafetería de Mario. No me hallaba más calmada. Descendí por la calle con un ritmo más acelerado de lo normal. Mi cabeza era como una olla a presión. Vibraba y echaba humo de tanto coraje que sentía. Caminaba al mismo tiempo que reproducía en mi mente lo que le diría a Mario cuando lo tuviese delante.

Me adentré en el establecimiento y me sorprendió que mi amigo no estuviese allí. Me dirigí un momento a la barra. El padre de Mario se movía con cierta hostilidad. Cuando colocaba las tazas sobre los platos, producía un sonido de irritación. Aquello frenó mis intenciones y me dediqué a pedir el desayuno.

Intuía que algo había ocurrido. Me tomé la tostada y el café con desgana en una mesa que había al lado de la barra. El pan estaba chamuscado por una parte y percibí el café demasiado amargo. El mal humor provoca que no salgan bien las cosas.

Contemplaba al hombre de soslayo mientras desayunaba, pero él evitó en todo momento mirarme directamente a los ojos. «Quizá sean imaginaciones mías, pero parece que tiene algo en contra de mí», pensé cuando me disponía a pagarle el desayuno. Él emitió una especie de gruñido al darme el cambio.

Salí del local. Me sentía peor conmigo misma. Ya no estaba enfadada. Ya no expulsaba rabia por cada poro de mi piel. La conducta del padre de mi amigo me acobardó. En esos instantes, me encontraba triste. Uno de mis mejores amigos había desaparecido, repentinamente, de mi vida, su padre me había tratado mal y desconocía el motivo. Era comprensible que me hallase

desconcertada y apagada a la vez.

Me disponía a cruzar la calle que me llevaba al paseo marítimo cuando alguien me llamó. Me di la vuelta con ligereza.

La madre de Mario había salido por la puerta de atrás, por la obertura que te conducía a la cocina. Me acerqué a ella y nos resguardamos en un lateral de la cafetería que carecía de ventanas. Desde allí no podría vernos el hombre.

—Siento la actitud de mi marido —se disculpó la mujer con honestidad—, he visto como te ha tratado.

—No pasa nada —logré decir al cabo de unos segundos. Mi cabeza era como una peonza que giraba de un modo incansable y me costaba reaccionar.

La mirada desesperada de la mujer me traspasó.

—¿Pero qué ha ocurrido? —inquirí con prudencia.

—Mario se ha ido.

—¿Cómo? —exclamé, precipitadamente, y noté como los ojos se escapaban de las órbitas.

—Nos ha dejado una nota... —continuó en un hilo de voz.

Me aproximé a la mujer que empezó a sollozar de manera descontrolada. Se llevó una mano al pecho, como si sintiese una presión dentro. Intuí que le costaba respirar. Nos abrazamos durante un breve periodo de tiempo. Luego, ella se separó de mí con rapidez. Recuperó la compostura y la serenidad de forma envidiable. No quería dejarse llevar por la tristeza ni que la consolaran de un modo excesivo.

—Nos ha dicho que no puede cumplir con su obligación —prosiguió con más entereza—, se siente asfixiado.

No supe qué decirle. La escuché hasta que dejó de hablar. Era evidente que se sintió aliviada cuando compartió conmigo lo que había ocurrido con Mario.

—Si consigues hablar con él dile que su familia le quiere a pesar de todo —murmuró la mujer—, que yo lo respeto y que su padre, con el tiempo, acabará comprendiéndolo.

Por un momento, olvidé que había quedado al medio día con el dueño del local. Después de aquella breve charla con la madre de Mario, me dirigí al paseo marítimo para serenarme un poco. Una alarma en el móvil me recordó que había quedado con el hombre frente al establecimiento que se alquilaba. Me la puse porque últimamente estaba despistada. El exceso de trabajo provocó que me olvidase hasta de mi misma.

Corrí hasta el lugar porque quedaban cinco minutos para las doce. Envuelta en mis cavilaciones me había alejado demasiado.

Cuando conocí al hombre, me dio buena impresión. Se llamaba Tomás e intuía que debía de tener más o menos la edad de mi padre. Era delgado y de mediana estatura. Poseía un abundante cabello negro y un bigote de la misma tonalidad. El color resultaba tan artificial, como de muñeco de juguete, que supuse que se tintaba el pelo, el bigote y las cejas.

Nos introdujimos en el local, me lo mostró y explicó todo con paciencia.

Allí dentro mi sueño cogió forma y todas las preocupaciones desaparecieron de mi mente. Era inmensamente feliz en ese instante presente.

Las condiciones que me expuso Tomás me parecieron correctas y estuve al punto de

pronunciar un efusivo SI. Pero me contuve. Le dije que tenía que pensármelo.

Me resultaba complicado expresar lo que sentía cuando me adentré en ese espacio vacío. Imaginé mis numerosos trabajos como hice, anteriormente, millones de veces.

«De momento, no puedo dejar mi puesto de profesora porque es con lo que me gano la vida», pensé cuando me despedí de Tomás y me encaminaba hacia mi casa.

«Puedo trabajar por las mañanas en el instituto como he hecho hasta ahora y por las tardes abriré la tienda». «Si consigo vivir de esto, estupendo y si no al menos lo habré intentado».

Aquella breve visita impulsó mi ánimo. Fue como un rayo de luz que atraviesa el negruzco cielo durante una mañana de tormenta.

Nuevamente, no pude conciliar el sueño. Eso se estaba convirtiendo en una mala costumbre. No entendía por qué Mario no me habló claro el otro día. Era verdad que se me quedó la sensación de despedida en el cuerpo. Pero no me había dado ninguna explicación. Aunque sabía hacia dónde iban los tiros, necesitaba explicaciones.

Una bombilla se encendió dentro de mi cerebro cuando estaba al punto de quedarme dormida. Mis ojos se abrieron de golpe y rememoré la última conversación que tuvimos. Nos encontrábamos sentados en nuestro banco y resguardados por el árbol.

Un impulso se apoderó de mi conducta y me dejé arrastrar por él. El reloj que había sobre mi mesa de noche marcaba las dos de la madrugada. Me vestí rápidamente y vi que *tornado* me contemplaba con extrañeza. Era capaz de leerle el pensamiento: «A mi dueña se le ha ido la pinza». Aquello era lo que sus avispados ojos castaños me transmitían.

Bajé corriendo al paseo marítimo. La palabra «titán» me taladraba la cabeza. «No olvides el nombre», me dijo mi amigo una vez nos hubimos despedido.

Aterricé en nuestro banco y me posicioné frente al árbol. Me incliné y empecé a escarbar la tierra que lo rodeaba. Escarbé y escarbé, menos mal que no pasaba nadie por allí a altas horas de la noche, y tropecé con una funda de plástico que contenía un sobre.

Era una carta de Mario que iba dirigida a mí. Tomé asiento sobre el banco y la leí con interés: «Hola, amiga:

Sé que eres lista y acabarás encontrando la carta. Lamento haberlo hecho tan complicado. Si te hubiese enviado un sobre directamente al buzón me habrías detenido. Además, me apetecía hacer algo especial contigo. Conmemorar de alguna forma el lugar que ha sido testigo de nuestros secretos.

Espero que me perdones por no haber sido directo contigo. Temía que tus sabios consejos me frenasen. Tenía tan claro qué quería que no deseaba que nadie se introdujese en mi cabeza. Por una vez sentí que era libre y que mi vida me pertenecía.

Imaginarás que me he fugado con María y estás en lo cierto. Nos hemos ido a otro país y empezaremos aquí de cero. Su familia lo acepta y lo apoya, aunque pusieron algún inconveniente al principio como es normal. Pero bien sabes que la mía no y por eso me he visto obligado a actuar así. Puede parecerte una manera injusta, pero es la única que encontré en ese momento. Espero que me entiendas y no me juzgues. Eres una persona realmente importante para mí y no quiero perderte por nada en el mundo. Cuando las aguas se calmen, te llamaré y te diré dónde nos encontramos.

*Tu amigo,
Mario.»*

Capítulo 19

Sentía una mezcla de sensaciones. Por un lado, todavía estaba un pelín cabreada con Mario. No podía evitarlo. Me daba un poco de rabia que no se hubiese despedido de mí como es debido. Yo le hubiera protegido y apoyado. Aunque, si soy sincera conmigo misma, no sé realmente como habría actuado. Quizá, él tenía razón y se anticipó a mi reacción. Quizá, habría intentado convencerlo para que se quedase e hiciese las cosas bien según mi punto de vista.

Pero, por el otro lado, no podía evitar alegrarme por él. Me hallaba convencida de que había sido muy valiente. Abandonó el sendero de vida que su familia trazó para él y se embarcó en la aventura que realmente quería vivir. Había elegido su camino y su propia felicidad estaba por encima de cualquier comentario ajeno. Lo admiraba por ello. Debía aplicarme a mí misma un poco de la filosofía de Mario.

Leí su carta varias veces. Cada línea rebosaba ilusión por la vida. Aquello era como experimentar de cerca una película romántica. El típico *film* cuyo tema principal es un amor prohibido y finalmente los jóvenes protagonistas lo arriesgan todo para permanecer juntos. Suspiraba cada vez que la finalizaba. Sentía la incertidumbre en la boca del estómago. Esperaba que pronto se pusiese en contacto conmigo.

Pensé en ponerme en contacto con su madre para decirle que tenía constancia de que su hijo se encontraba bien. Pero algo dentro de mí me impidió hacerlo. Una vocecita me susurró que lo mejor era dejar las cosas tal y como estaban. Debía quedarme quietecita y con los labios sellados. «Mario sabe mejor que yo los pasos que tiene que ir dando con su familia».

Cuando Paula regresó, yo seguía notándola extraña. Poseía una actitud esquiva y no me permitía acceder a ella. Como si hubiese levantado un muro de seguridad entre las dos.

Me dijo que Alberto venía al día siguiente y que el niño quería verme. Aquello me provocó una ilusión sincera. Yo también tenía muchas ganas de verlo y me alegraba que fuesen mutuas.

—He pensado que podríamos ir los tres al parque de atracciones —me propuso el día que volvió, después de pulsar el timbre de la puerta.

Hablamos brevemente en el rellano porque se negó a entrar en mi casa. Decía que se encontraba muy cansada. Estaba pálida y bastante ojerosa. Una tonalidad grisácea bordeaba sus astronómicos ojos. Desprendía desánimo y resignación cada vez que regresaba de visitar a su familia.

—Paula —musité cuando ella se disponía a subir las escaleras—, ¿no vas a decirme qué te ocurre?

Ella se detuvo, tenía el pie derecho apoyado en el primer peldaño, y giró su semblante levemente. Suspiró.

—No me apetece hablar de ello —me repitió en un hilo de voz.

—Pero siento que no confías en mí.

Mi tono de voz emitía una pequeña parte de la enorme impotencia que sentía interiormente.

Paula se dio la vuelta del todo para mirarme fijamente.

—No es eso —dijo con convencimiento mientras negaba con la cabeza—, créeme que no es eso.

No quise presionarla más. Además, notaba que las lágrimas estaban al punto de irrumpir sobre mis ojos. Sentí que si insistía un poco más, acabaríamos discutiendo, y yo finalizaría el día rota en mil pedazos. Tragué saliva con dificultad. Me dolía la garganta de contenerme tanto. Me despedí de ella y cerré la puerta con cautela.

Apoyé la espalda en la puerta. Me deslicé hasta tocar el suelo. Escuché el sonido que producían sus pisadas y como se desvanecía conforme iba subiendo. Abracé mis piernas y situé la cabeza entre las rodillas. Lloré y lloré de impotencia. Lloraba porque Paula estaba construyendo un puente de miles de kilómetros de distancia entre las dos y no sabía qué tenía que hacer para derribarlo.

Decidí dar un paseo con *tornado* para despejarme. El breve encuentro que tuve con Paula me alteró. No entendía su comportamiento. Estuve al punto de subir las escaleras que nos separaban y tocarle el timbre de la puerta. Estaba harta de la situación. Harta de que me dejase a un lado y no contase conmigo en un momento tan delicado. Me fui de casa para evitar montar un número del cual me arrepentiría con posterioridad.

Deambulé sin rumbo fijo entre las callejuelas del municipio. Caminé rápidamente. Hasta que *tornado* me obligó a hacer un descanso para coger aire. Mientras él husmeaba la base de una farola, me percaté de que había un pequeño puesto callejero en el que vendían gofres. El aroma provocó que me relamiese los labios.

Una vez *tornado* hubo hecho sus necesidades, nos dirigimos hacia allí.

Una chica, más o menos de mi edad, morena y con un inconfundible acento italiano me atendió. Me pedí un gofre cargado de chocolate con una bola de helado de vainilla por encima. Me encantaba como se solidificaba el chocolate cuando entraba en contacto con el helado. Adquiría una textura crujiente que resultaba adictiva.

Cuando me disponía a pagar, una mano se me adelantó. Alicia se encontraba a mi lado e iba acompañada de la chica con la que la vi la última vez, la cual era físicamente muy parecida a ella.

—Pago yo —le dijo, con el brazo extendido, a la dependienta—, y cóbrate dos más.

—No tenías por qué —comenté, sorprendida.

—No hagas que me arrepienta ahora que he dejado aparcada mi estricta dieta —dijo a la vez que me dedicaba una amplia sonrisa.

—Gracias —susurré con sinceridad.

Me uní a ellas y nos comimos el gofre a la vez que paseábamos tranquilamente. La masa de aquel dulce me hipnotizaba. Los tropezones de azúcar que te encontrabas en cada bocado eran una especie de *clímax* para mi sentido gustativo.

Lo cierto era que me sentí muy a gusto. Percibí a Alicia más calmada, diferente. No se mostraba tan tensa ni puntillosa como en ocasiones anteriores.

—No sé cómo puedes comerte el gofre con el perro dándote tirones —apuntó Lara, su acompañante, y las tres reímos.

Era cierto. Cuando menos me lo esperaba, *tornado* se sentía atraído por alguna esquina

colmada de pipí de perro y me daba un tirón.

—Le he cogido el apaño.

Paseamos durante una hora y hablamos de todo un poco. Conectamos tan bien que decidimos quedar otro día para ir a cenar o al cine. Les hablé de Paula y noté que se me escapaba una sonrisa cuando la mencionaba. Alicia me dijo que los ojos me chispeaban al mentarla.

Aterricé en casa y me encontraba más tranquila. Finalmente, aquella noche dormí con placidez. Como hacía tiempo que no conseguía.

Asombrosamente, en el parque de atracciones todo volvió a ser como antes. O, quizá, aquello fue una ilusión que yo me creé. Alberto nos unió. Hizo de nexo entre las dos.

Pasamos un día maravilloso. El hermano de Paula tenía menos miedo de lo que yo pensaba. Su apariencia formal engañaba. Causó que nos subiésemos a todas las atracciones. Ambas volvimos a sentirnos como niñas pequeñas. Nos olvidamos de todo y sacamos a relucir el espíritu infantil.

Lo que más disfrutamos fueron las atracciones de agua. Notaba una sensación de vértigo en el estómago cuando la barca se inclinaba. Todo el mundo acababa calado. La amplia canoa bajaba la cuesta rápidamente y caía de golpe sobre el agua, lo que provocaba que los chorros saltasen por todas partes. Nos hicieron varias fotos y compramos una en la que los tres salíamos con la boca abierta, gritando.

Comimos una empanada que Paula compró en una panadería artesana del pueblo. Las dos éramos conscientes de que la comida que vendían en los parques de atracciones dejaba mucho que desear. Nos sentamos en el césped y la degustamos en silencio. Paula y yo volvimos a compartir alguna que otra mirada cómplice. Y aunque fue un día en el que se me olvidaron todos los problemas, seguía sintiéndola un poco alejada de mí. Me mentía al decirme que todo había sido como antes.

A los pocos días de vivir aquella aventura en el parque de atracciones, Paula volvió a ausentarse. Me mandó un mensaje al móvil para advertirme que no me desesperara si tardaba en llegar. Esta vez iba para largo. Regresaron las llamadas breves y un poco frías. Volvieron los mensajes escuetos y los que tardaban demasiado tiempo en recibir respuesta. Estaba cansándome de aquella situación y no pensaba quedarme paralizada.

Paula regresó. La invité a casa a cenar y vimos una película las dos juntas. Siempre esquivaba mis preguntas personales, pero aquella noche respeté su silencio. Notaba que se hallaba demasiado afectada, que realizaba un sobreesfuerzo por mantenerse a mi lado como si nada. Era consciente de que prefería darse una ducha y abandonarse entre las sabanas para olvidar su existencia en el mundo. Aunque fuese por unas ocho horas. Por lo tanto, decidí no inmiscuirme. Sus bonitos ojos se veían ensombrecidos, a pesar de que intentaba disimular su dolor interno con una sonrisa. Una sonrisa impuesta.

No terminamos de ver la película. Me confesó que al día siguiente debía regresar a la casa de sus padres. Había realizado esta visita breve porque necesitaba verme y también porque tenía que solucionar unas gestiones relacionadas con el apartamento.

En ese instante, tomé una decisión en silencio. Iba a seguirla. Necesitaba saber qué le ocurría y cómo podía ayudarla. No podía quedarme de brazos cruzados, observando cómo se desvanecía en un pozo negro sin fondo. Sabía que aquello no estaba bien. Era consciente de que estaba invadiendo su intimidad, pero es que no me quedaba otra. Iba a aprender de Mario y tomar una decisión a mi manera. Le pesase a quién le pesase.

Ella salió temprano por la mañana. Yo estaba dentro de mi vehículo, agazapada para que no pudiera verme. La seguí cuidadosamente hasta que llegamos a la ciudad.

Me extrañó que aparcase en el *parking* del hospital. Pensé que si tenía algún familiar enfermo me lo hubiese dicho. Dejé mi coche cerca de dónde estacionó ella. Salí del vehículo con unas gafas de sol y una gorra negra. Caminaba detrás de Paula con el modo incógnito activado.

Me introduje en el centro hospitalario y vislumbré como se introducía rápidamente en el ascensor. Los números que había sobre el aparato eléctrico me mostraron que se había bajado en la segunda planta. Recé para que no hubiese ninguna equivocación. Me pareció que estaba sola cuando se metió dentro.

Subí. El corazón me golpeaba el pecho vigorosamente. Las palmas de las manos despedían tanto sudor que tuve que limpiármelo en los vaqueros con disimulo.

Finalmente, el aparato se detuvo. La puerta se abrió automáticamente. No había nadie allí. Pasó un celador que transportaba una camilla vacía y dos enfermeras rollizas que portaban material sanitario. Todos me dieron los buenos días. La planta olía a desinfectante e imperaba un silencio sobrecogedor.

Un enorme cartel me dio la bienvenida. Me hallaba en la unidad de enfermedades infecciosas.

Capítulo 20

Contemplé el largo pasillo blanco que componía la unidad. Había habitaciones a ambos lados del mismo. Toda la planta olía a desinfectante, un aroma característico de los hospitales. Aquello lo provocaba el uso de productos esterilizantes y antibacterianos.

Me senté en una de las sillas que había frente a los ascensores. El asiento estaba duro y enseguida comenzó a dolerme el trasero. Me hallaba nerviosa y cambié de postura innumerables veces. No tenía ni idea de qué le diría a Paula cuando me viese allí.

Escuché un murmullo de voces en la lejanía. El rumor se fue intensificando y me puse en tensión. Al instante, Paula hizo acto de presencia. Iba acompañada de una mujer que supuse era su madre. Debía de tener unos sesenta años. La raíz blanca dominaba parte de su cabello que poseía una tonalidad miel. Iba vestida con una bata negra que le llegaba hasta los tobillos. Los brazos, gruesos y pálidos, permanecían colmados de manchas y pliegues propios de la edad.

Cuando desvié mi semblante y Paula y yo nos miramos, ella se quedó paralizada.

—Ve a la cafetería que ahora voy yo —le susurro.

La mujer me dedicó una sonrisa que desprendía una combinación de amabilidad y cansancio. Obedeció a su hija y se dirigió al ascensor.

Ambas tenían el mismo semblante, lucían la misma expresión. Derrochaban una mezcla de resignación y tristeza. Me incorporé y me situé frente a ella. Le cogí de las manos porque necesitaba sentirla cerca y traspasarle un poco de ánimo y fuerza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sin potencia en la voz y mirándome directamente a los ojos.

No estaba a la defensiva ni tampoco se mostró ofendida. Era evidente que no se esperaba mi presencia. Sin embargo, advertí cierto alivio en sus ojos al verme. Como cuando un marinero se tropieza con un puerto seguro después de una noche oscura, fría y tormentosa.

—Lo siento, me tenías muy preocupada y esta mañana he decidido seguirte.

Paula no dijo nada. Bajó la mirada. Como si fuera consciente de que no podía reprocharme nada. Comprendía que me hubiese inmiscuido en sus asuntos personales. Era la única manera de averiguar qué le ocurría.

—¿Vamos fuera un momento? —le propuse a la vez que le rozaba el hombro con suavidad.

Sentí unas ganas incontrolables de besarla, pero me contuve. En esos instantes, asemejaba una niña pequeña y asustada. Se mostraba vulnerable ante las vicisitudes de la vida.

Paula hizo un esfuerzo y levantó el semblante. Era como si cada pequeño gesto que realizaba le costase el triple que al resto de personas. Asintió, accediendo a mi propuesta, y me sonrió levemente. Una sonrisa débil, pero sincera.

Creo que en su fuero interno agradecía que me preocupase tantísimo por ella, aunque no lo expresara con palabras.

Bajábamos en el ascensor. Casualmente, aquel aparato eléctrico nos unió en el pasado. Los encuentros fortuitos en el elevador de nuestro apartamento, y la mañana que nos quedamos

encerradas dentro de él, nos empujaron a conocernos por dentro. Nunca he creído en el destino, pero es curioso como pequeñas coincidencias de la vida cotidiana, a simple vista insignificantes, nos conducen a destinos maravillosos que jamás hubiésemos imaginado.

¿Nos habríamos conocido de alguna otra forma si no hubiese acontecido aquel incidente? Lo desconozco, pero me gusta pensar que sí. Qué de alguna manera mi encuentro con Paula debía darse antes o después en mi vida. Ella, con su particular y adictivo estilo de vida, azotó mi existencia y la llenó de vivos colores.

En esos momentos, nos encontrábamos en el ascensor del hospital. Le besé la mejilla y la abracé de manera breve. Había un matrimonio de edad avanzada a nuestro lado y nos reprimimos un poco. No queríamos dejarnos llevar por las emociones.

Llegamos a la planta baja y Paula se adentró unos segundos en la cafetería del hospital. Le dijo a su madre que salía un momento conmigo al exterior. En aquel instante del día, el establecimiento estaba repleto de trabajadores o personas que acompañaban a algún paciente. El desayuno era la comida que mejor elaboraban, lo sabía por experiencia propia. Las otras carecían de sabor y poseían una textura extremadamente seca o muy pastosa.

Una vez fuera, tomamos asiento en un envejecido banco de madera. Guardamos silencio. Contemplé como el vigilante se paseaba de un extremo al otro, velando por la seguridad de los pacientes y del personal sanitario. La entrada del hospital era un no parar de gente que entraba y salía. La puerta, que era automática, no gozaba de ningún descanso.

—¿Quieres desayunar? —le pregunté tras un prolongado silencio.

Paula negó con la cabeza.

—¿Esa mujer era tu madre? —inquirí, mirándola de soslayo.

No sabía qué hacer ni qué decir. Me comportaba de forma cautelosa porque no deseaba incomodarla.

Paula, ante mi pregunta, se emocionó. Asintió y se echó a llorar irremediablemente. No se pueden retener las sensaciones demasiado tiempo. Estas encuentras la manera de escapar.

La abracé, pero ella recobró rápidamente la compostura.

—Tengo que decirte la verdad sea cual sea tu reacción —dijo con convencimiento.

Era evidente que llevaba un peso dentro de ella del cual necesitaba deshacerse.

Debería haberme puesto en alerta con aquella frase, pero lo cierto es que me encontraba tranquila. Me sentía cómoda a su lado. Como si junto a ella no pudiese ocurrirme nada malo.

La escuchaba con atención. No pretendía interrumpir la intención de confiarme sus temores.

—Mi padre está muy grave —dijo y me miró directamente a los ojos. Me contemplaba de manera profunda e intensa como si intentase leerme los pensamientos—. Tiene sida.

No dije nada. Seguíamos mirándonos en silencio. Únicamente escuchábamos el rumor de voces de las personas que, al igual que nosotras, habían salido al exterior para tomar un poco de aire.

La noticia me impactó un poco, no me la esperaba, pero mi rostro no lo reflejaba. Permanecí inalterable porque quería normalizar su situación. No deseaba que se sintiese incómoda ni juzgada por mí.

—Tendría que habértelo contado antes —susurró mientras devolvía la vista al suelo. Permanecía fija en un punto incierto.

Su lenguaje no verbal delataba la culpabilidad que le afligía por dentro.

—No tenías por qué hacerlo... —le dije con sinceridad.

Paula se incorporó con una rapidez a la que no me tenía acostumbrada y, acto seguido, empezó

a caminar nerviosamente delante de mí. Se llevó una mano a la frente.

—Si no lo he hecho antes... —prosiguió y se detuvo para mirarme intensamente—,... es porque tenía miedo de perderte.

—¿Perderme a mí por esto? —inquirí e inmediatamente me levanté para situarme a su lado.

Aunque mi voz sonaba desconcertada, sabía a qué se refería.

—No es algo común, la mayoría de personas han reaccionado bien, pero ya me ha pasado otras veces —dijo y noté que se le formaba de nuevo un nudo en la garganta—. Ha habido gente que me ha rechazado cuando se ha enterado de la enfermedad que padece mi padre.

Era evidente que cada rechazo que había sufrido asemejaba un puñal que le perforaba el pecho. Se fue creando, poco a poco, un agujero hondo que no dejaba de sangrar. Le dolía y tenía miedo de confiar en las personas por si hacían más grande aquella incurable herida.

—Pues me parecen seres despreciables sin más —añadí con convencimiento—, poco tolerantes y nada empáticos.

—Ni te imaginas lo que pueden llegar a dolor los gestos y las palabras —dijo—, incluso más que los golpes.

Paula tomó asiento nuevamente y yo me situé a su lado. La percibí más tranquila. Como si hubiese expulsado una masa de cemento que apresaba su corazón. No la dejaba ser ella misma.

—Siento si he estado fría contigo últimamente —dijo—, pero era una manera de protegerme.

Se produjo un silencio que no rompí porque intuía que tenía que contarme más cosas. No quería interferir en sus pensamientos.

—En el pasado, fui al psicólogo por todo este asunto y me ayudó a comprender que si una persona me rechazaba por este motivo no merecía un hueco en mi vida —confesó—, pero...

Nuevamente el silencio. Un silencio tan intenso como la mirada que Paula me dedicó.

—Pero luego apareciste tú —dijo a la vez que sus ojos se inundaban de lágrimas—, y por primera vez, después de mucho tiempo, temí no superar un rechazo.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas, dejando senderos salados.

—Jamás rechazaría a alguien por algo así —dije mientras me aproximaba y sostuve su rostro entre las manos.

Quería decirle algo que la consolara, pero no pude. Aquellos ojos hipnotizadores, que contenían un universo propio y particular, me hechizaron. Resultaban asombrosos. Se formaban múltiples fenómenos astronómicos dentro de ellos. A veces, se mostraban ensombrecidos. Otras, azules y brillantes. En ocasiones, parecía que se hubiese formado un eclipse dentro de ellos y se mostraban ambas caras. Le chispeaban al igual que la estrellas tintinean en el firmamento. Juraría que alguna vez vi un brillo efímero dentro de su iris. Como si un cometa o una estrella fugaz lo hubiese cruzado.

Me limité a besarla tiernamente y degusté el sabor salado de su tristeza.

Nos abrazamos y permanecemos en esa postura un largo periodo de tiempo.

Paula se distanció y con el puño de su cazadora se secó sutilmente la mejilla derecha. La tenía rojiza y un poco hinchada.

Sin yo pedírselo, me contó la historia desde el principio. Omitió ciertos detalles que intuía que ella también desconocía. Como, por ejemplo, quién le transmitió el virus a su padre y cómo se dieron las circunstancias. Llegados a ese punto, aquello quedaba en un segundo plano. Adiviné que tanto ella como su madre no querían saber de más. Se limitaron a aceptar la complicada situación y a llevarla conforme pudiesen.

Me confesó que su progenitor, el cual averigüé se denominaba Juan, estaba muy grave. Los

médicos no les daban ninguna esperanza. Le diagnosticaron el virus de manera tardía y se encontraba en fase de sida. Tenía algunos órganos bastante dañados, sobretodo el hígado.

Paula me aportó una grandísima dosis de información con respecto a este asunto que desconocía. Me dijo que el vih era el virus que provocaba la infección. Qué la infección por vih tenía varias fases y que si la persona se realizaba la prueba pertinente y se lo diagnosticaban a tiempo podía llevar una vida normal. Únicamente, necesitaría un tratamiento crónico. Me puso el ejemplo de una amiga suya que tomaba una pastilla al día.

Justo en ese instante, la susodicha hizo acto de presencia. Era una chica más o menos de nuestra edad, delgada y con rasgos africanos. Su tez era morena, aunque no totalmente oscura y su cabello formaba diminutos caracolitos. Era abundante y áspero. Tanto la sonrisa que lucía como su mirada derrochaban luz. Me la presentó e intuí que dentro de ella guardaba un pozo inagotable de fuerza y buena energía.

Cuando Paula reparó en su presencia, se incorporó rápidamente y se fundieron en un interminable abrazo. Se notaba que encontraba comprensión y refugio en ella.

—¿Y tu madre? —inquirió la chica que se llamaba Yanira una vez hubimos hablado las tres brevemente.

—Estaba en la cafetería —respondió Paula—, pero puede que haya subido a planta.

—¿Tu padre está solo? —preguntó con interés.

—No —dijo a la vez que negaba con la cabeza—, mi tío Francisco está con él.

—Voy a subir un momento —anunció Yanira mientras se distanciaba de nosotras—, un placer haberte conocido, Lola.

—Lo mismo digo.

La chica se dio la vuelta y se dirigió con paso ligero hacia los ascensores.

—Es un encanto de persona —musitó Paula a la vez que la veíamos introducirse por la puerta del hospital—, ha hecho que todo sea más fácil.

Posteriormente, dimos un pequeño paseo por los alrededores del centro sanitario. Me contó que Yanira había creado una asociación para pacientes con vih. Hacían una importante labor de divulgación y prevención. Acudían a los institutos para impartir charlas. Muchísimas actividades más colmaban su agenda. Aquello también provocaba que no se sintiesen solos. Era un espacio de reunión en el que todos atravesaban el mismo sendero.

Me confesó que a Yanira le transmitió el virus su madre cuando la mujer se encontraba en estado de ella. Como me había dicho anteriormente, con el tratamiento adecuado no llegó a desarrollar la enfermedad del sida.

Yanira había vivido múltiples situaciones de rechazo durante toda su vida. Lo pasó verdaderamente mal. No fue sencillo encontrar a personas que la quisiesen conforme era. Pero ahora gozaba de una extensa red social y de apoyo que se amplificaba. Había ayudado a miles de personas a transitar el arduo camino que ella ya conocía. Daba charlas en instituciones de enseñanza y en otros organismos oficiales, y colaboraba en programas de radio y televisión.

Con cada piedra que le tiraron en el pasado logró construir una personalidad arrolladora. Contagiaba su optimismo. Su pasión por la vida.

Llegué a mantener una conversación más distendida con ella cuando Paula subió a planta. Nos quedamos en el vestíbulo del hospital y Yanira y yo hablamos de todo un poco. Aquel breve instante en el tiempo que compartí con ella, corroboró las palabras de Paula. Yanira era una persona encantadora y muy positiva. Uno de esos seres humanos que logran que te sientas tan bien que no quieres alejarte de ellos. Como si poseyesen la luz adecuada para brillar. El resto

éramos como insectos voladores que transitábamos en torno a ella.

A los pocos días, el padre de Paula falleció. En el instituto en el que trabajaba, las clases habían finalizado. Únicamente, quedaba ultimar detalles para el curso siguiente y dar las notas. No había faltado a mi puesto de trabajo en todo el año académico y mi superior lo comprendió cuando le expliqué mis circunstancias por teléfono. También tuve que llamar a una amiga para que se encargase de *tornado* mientras yo estaba fuera.

Yo permanecí en un hotel hasta que llegó el inevitable momento. La madre de Paula quería que estuviese en su casa, pero sentía que era una situación demasiado delicada. Mi presencia provocaría que se reprimiesen y necesitaban expulsar con libertad la tristeza que llevaban dentro.

Una de las noches que me encontraba en el hotel, tumbada en la amplia cama y haciendo *zapping* con aburrimiento, un impulso irrefrenable se apoderó de mí. Llamé a Tomás, el dueño del local que se alquilaba, y le dije que sí. Tomé consciencia de la brevedad de la vida y actué en consecuencia.

Acudí al tanatorio y, posteriormente, al entierro. Paula no se despegaba de los brazos de su madre. Lloró en muy pocas ocasiones porque aquel final estaba previsto desde hacía mucho tiempo. Estaban más que mentalizadas. Como si las lágrimas se hubiesen gastado.

Alberto acudió únicamente al entierro. Parecía que el niño no comprendía del todo lo que sucedía a su alrededor. Como si fuese la primera vez que experimentaba un momento así. Se me abrazó y le di un beso en la mejilla. No hablamos, pero le susurré en el oído que estaba siendo un niño muy fuerte.

Me quedé un par de días más por si me necesitaban para algo. Paula vino a verme al hotel la segunda noche. Fuimos directamente al balcón que era amplio y nos permitía vislumbrar el campo de estrellas.

—Me siento tan aliviada de que conozcas toda la verdad —dijo mientras se apoyaba en la barandilla.

Me posicioné a su lado y nos besamos apasionadamente con la luna llena como único testigo.

—Yo me alegro de que vuelvas a ser la misma —susurré cuando nos distanciamos—, no te alejes de nuevo de mí.

—No lo haré —susurró mientras me besaba de nuevo.

Se me escapó una risa infantil.

—¿De qué te ríes? —preguntó mientras me contemplaba fijamente.

—Ese universo es de nuevo todo para mí.

—¿Qué universo? —inquirió, extrañada.

—El que guardas en los ojos.

Epílogo

La campiña y las colinas de Italia son un destino idílico para desconectar e inhalar aire puro. El entorno natural y rural que te envuelve permanece alejado del bullicio del mundo moderno. Te pierdes en sus paisajes. La variada gama de la tonalidad verde y los colores ocre, dorado y anaranjado se derraman sobre la naturaleza.

El aroma balsámico e intenso que posee la salvia estimulaba los orificios nasales de los allí presentes. El canto de los pájaros y los minúsculos ruidos que producían los insectos eran la reconfortante banda sonora que se escuchaba de fondo. Era una gozada para los sentidos ser testigo de semejante espectáculo.

Los habitantes de aquel pequeño municipio italiano aseguraban que nunca antes habían visto una novia tan guapa. Y es que María brillaba con ese largo vestido blanco de palabra de honor. El cabello lo tenía recogido en un moño por el cual sobresalían mechones ondulados y elegantes. El maquillaje suave y natural que había elegido despuntaba sus dulces rasgos.

Se dirigía hacia el altar, cogida del brazo de su padre, con una sonrisa que alumbró a los asistentes. Mario la contempló de arriba abajo y le susurró un «qué guapa que eres» como si estuviesen ellos dos solos. Y es que el joven no podía ver nada ni a nadie más. La presencia de la novia captó su atención y sus sentidos. El resto resultaba accesorio y se difuminó.

La ceremonia se celebraba en el exterior. Se trataba de un terreno rodeado de colinas que pertenecía a los jefes de Mario y María.

Los dos jóvenes enamorados se habían escapado a un pequeño pueblo del norte de Italia donde se les dio trabajo en el campo a cambio de alojamiento, comida y una pequeña paga semanal. Los dueños se habían encariñado de aquella tierna pareja que se amaba sin límites. Eran honestos y trabajadores y, como recompensa, les ofrecieron sus tierras para que cumpliesen su sueño.

Era un día soleado en aquella localidad italiana. Todos nos hallábamos de pie mientras veíamos como María se dirigía al altar. Atisé a los padres de Mario que se encontraban en la primera fila. La madre se enjugó los ojos en más de una ocasión y la pose del padre desprendía un orgullo que no pudo disimular.

Los meses apaciguaron las aguas y el progenitor de mi amigo entró en razón. Habían sido afortunados porque por el mismo motivo padres e hijos habían estado sin dirigirse la palabra años o, lo que aún es peor, nunca llegaban a reconciliarse.

Cuando María se posicionó frente a su futuro marido y el cura comenzó a hablar, sujeté con fuerza la mano de Paula que se hallaba al lado de mí.

Mario y María se besaron y a todos nos inundó el mismo sentimiento de felicidad.

Fue una boda única. Sencilla, poética e inolvidable. Comimos productos artesanos de buena calidad y bailamos como si no hubiera un mañana. Fue una ceremonia diferente que me dejó una huella imborrable.

Tras un verano intenso en el que tuve muchísimo trabajo, aquella escapada supuso un bálsamo para mi nerviosismo. Los meses de julio y agosto resultaron muy duros. Invertí mi tiempo en montar mi negocio y en pocas semanas lo inauguraría. Pasé por diferentes estados anímicos. El miedo, la incertidumbre, la ilusión y la alegría se enredaban y pude contar con el apoyo de Paula en todo momento.

Después de la comida, los novios cortaron una original tarta de hojaldre, frutas y crema

pastelera. Bailaron al ritmo de la melodía de un piano que un músico tocaba en el exterior.

Mario bailó conmigo y nos reímos como en los viejos tiempos.

—Ahora tienes casa en Italia —dijo.

De soslayo me percaté de que Paula bebía de una copa de champán mientras conversaba con María animadamente.

Mario dirigió su mirada hacia el lugar.

—¿La quieres mucho, eh?

—Demasiado —confesé—, nunca imaginé que pudiese sentir algo así por una persona.

—Entiendo ese sentimiento.

Continuamos bailando en silencio y apoyé mi cabeza en su hombro.

—¿En qué piensas? —me preguntó una vez la pieza de música hubo finalizado.

—En que a veces existen los finales felices.